

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

LA GRACIA COMO DON GRATUITO DE DIOS DESDE LOS SACRAMENTOS

TESIS DE GRADO

VERONICA ELIZABETH ARGUMEDO MUNGUIA

CARNET 26438-11

GUATEMALA DE LA ASUNCIÓN, JUNIO DE 2017
CAMPUS CENTRAL

UNIVERSIDAD RAFAEL LÁNDIVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

LA GRACIA COMO DON GRATUITO DE DIOS DESDE LOS SACRAMENTOS

TESIS DE GRADO

TRABAJO PRESENTADO AL CONSEJO DE LA FACULTAD DE
TEOLOGÍA

POR

VERONICA ELIZABETH ARGUMEDO MUNGUIA

PREVIO A CONFERÍRSELE

EL TÍTULO DE TEÓLOGA EN EL GRADO ACADÉMICO DE LICENCIADA

GUATEMALA DE LA ASUNCIÓN, JUNIO DE 2017
CAMPUS CENTRAL

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

RECTOR: P. MARCO TULIO MARTINEZ SALAZAR, S. J.
VICERRECTORA ACADÉMICA: DRA. MARTA LUCRECIA MÉNDEZ GONZÁLEZ DE PENEDO
VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y PROYECCIÓN: ING. JOSÉ JUVENTINO GÁLVEZ RUANO
VICERRECTOR DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA: P. JULIO ENRIQUE MOREIRA CHAVARRÍA, S. J.
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO: LIC. ARIEL RIVERA IRÍAS
SECRETARIA GENERAL: LIC. FABIOLA DE LA LUZ PADILLA BELTRANENA DE LORENZANA

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

DECANO: MGTR. RODOLFO ALBERTO MARÍN ANGULO
SECRETARIO: MGTR. HERBERT MAURICIO ALVAREZ LOPEZ

NOMBRE DEL ASESOR DE TRABAJO DE GRADUACIÓN

LIC. SANTIAGO OTERO DIEZ

TERNA QUE PRACTICÓ LA EVALUACIÓN

ING. RODRIGO ESTUARDO PEREZ MANSILLA

Guatemala, a 2 de mayo de 2017

Señores Miembros del Consejo
de la FACULTAD DE TEOLOGÍA
Universidad Rafael Landívar
Guatemala

Estimados Señores:

Por la presente me permito informar que he podido acompañar con satisfacción a la estudiante **VERÓNICA ELIZABETH ARGUMEDO MUNGUÍA**, carnet: **2643811**, en la elaboración de su tesis, para optar al grado de licenciatura en Teología, que lleva por título: **LA GRACIA COMO DON GRATUITO DE DIOS DESDE LOS SACRAMENTOS**. En este proceso he observado el esfuerzo y dedicación por parte de la estudiante; ha logrado adentrarse en una monografía con muchos retos. Ha tenido el atrevimiento de profundizar en un tema difícil. Es un trabajo de síntesis, en el que trata de responder a cuestionamientos actuales sobre la gracia. Tiene el acierto de situarse en el contexto guatemalteco, y revisar sus preocupaciones a la luz del magisterio del Papa Francisco, sobre todo asumiendo la valiosa doctrina de la Exhortación Evangelii Gaudium.

Mi personal apreciación en este caminar con VERÓNICA ARGUMEDO, me permite calificar esta tesis con « **A** ». Considero que el Consejo de Facultad puede proceder, de acuerdo con las normas de la Universidad Rafael Landívar, la continuación de trámites necesarios en el proceso de evaluación y conclusión de los estudios de grado de la estudiante.

Deseándoles siempre salud, alegría y paz en su trabajo, me es grato saludarles en Jesús y María,


H. Santiago Otero Diez, fms
Asesor de Tesis



**Universidad
Rafael Landívar**
Tradición Jesuita en Guatemala

**FACULTAD DE TEOLOGÍA
No. 14110-2017**

Orden de Impresión

De acuerdo a la aprobación de la Evaluación del Trabajo de Graduación en la variante Tesis de Grado de la estudiante VERONICA ELIZABETH ARGUMEDO MUNGUIA, Carnet 26438-11 en la carrera LICENCIATURA EN TEOLOGÍA, del Campus Central, que consta en el Acta No. 143-2017 de fecha 8 de junio de 2017, se autoriza la impresión digital del trabajo titulado:

LA GRACIA COMO DON GRATUITO DE DIOS DESDE LOS SACRAMENTOS

Previo a conferírsele el título de TEÓLOGA en el grado académico de LICENCIADA.

Dado en la ciudad de Guatemala de la Asunción, a los 26 días del mes de junio del año 2017.



**MGTR. HERBERT MAURICIO ALVAREZ LÓPEZ, SECRETARIO
TEOLOGÍA
Universidad Rafael Landívar**

MI AGRADECIMIENTO

A Dios por su amor incondicional, por haberme dado su gracia fortaleciéndome en todo momento para culminar los estudios. Y a nuestra Madre María, por su ternura y compañía.

Gracias al Instituto Misioneras Cruzadas de la Iglesia, por darme la oportunidad de prepararme y por confiar en mí.

Gracias a mis padres: Leonor Munguía y Jesús Argumedo, que ya descansan en los brazos de Dios Padre, y sé que siguen acompañándome e intercediendo por mí en mi caminar.

A mis hermanas de la comunidad por animarme, ayudándome a que confiara en mí misma de que sí, era capaz de realizar mis estudios y llegar a un feliz término.

A mi familia, especialmente a mis hermanas y hermanos que me han acompañado desde sus oraciones; y por todo su cariño. A mis compañeras y compañeros.

Mi agradecimiento al Hno. Santiago Otero como asesor de mi trabajo y su acompañamiento durante los varios años de estudio en esta licenciatura.

Muy agradecida con el Ingeniero: Rodrigo Pérez, por toda su ternura y fineza al evaluar mi trabajo de Tesis.

ÍNDICE

Contenido

INTRODUCCIÓN.....	1
Capítulo I.....	6
Jesús y la Gracia.....	6
1. Qué es la Gracia.....	8
2. Intento de sistematización histórica.....	9
3. La tradición de la Iglesia, recapitulación.....	14
4. Espiritualidad de la Gracia desde la realidad humana.....	15
5. En María, Dios manifiesta visiblemente su Gracia.....	22
6. Cómo actúa la Gracia.....	23
7. La Gracia en el Antiguo Testamento.....	27
8. La Gracia en el Nuevo Testamento.....	28
9. La Gracia en la praxis de Jesús.....	30
Capítulo II.....	35
La Gracia en la humanidad.....	35
1. La Gracia y el pecado.....	35
2. La Gracia y su dimensión desde el perdón.....	38
Capítulo III.....	41
La Gracia en la praxis de la Iglesia.....	41
1. Qué entiende la Iglesia por Gracia.....	41
2. Cómo transmite el misterio de la Gracia.....	42
3. Eficacia y Gracia.....	42
Capítulo IV.....	48
La Gracia desde los sacramentos como dimensión pastoral.....	48
1. La Gracia en el sacramento del Bautismo.....	48
2. La Gracia en el Sacramento de la Confirmación.....	50
3. La Gracia en el Sacramento de la Eucaristía.....	51
4. La Gracia en el Sacramento de la Reconciliación.....	53
5. La Gracia en el Sacramento de la Unción de los Enfermos.....	55

6. La Gracia en el Sacramento del Orden Sacerdotal.....	56
7. La Gracia en el Sacramento del Matrimonio.....	58
CONCLUSIONES.....	61
SIGLAS.....	63
BIBLIOGRAFÍA.....	64
Sagrada Escritura.....	64
Magisterio de la Iglesia.....	64
Bibliografía General.....	65

RESUMEN EJECUTIVO

La finalidad de este trabajo es el profundizar el tema de la Gracia como don gratuito de Dios desde los sacramentos; la idea surge desde uno de los cursos que recibí en la licenciatura en teología.

El objetivo fundamental es desde el pueblo de Dios, para que reaprendamos el concepto de Gracia, y luego recobrar la condición de hijo e hija de este Padre Dios que nos acompaña y camina con nosotros a través de nuestra historia partiendo de una vida sacramental. Y como cristianos nos veamos como don, fortaleciéndonos en la fe; viviendo desde la gratuidad; contribuyendo así vivir plenamente, desde el don de la vida, reconociendo que todo es Gracia.

A lo largo del desarrollo del tema todos los autores citados coinciden que la Gracia ha sido revelada en la persona de Jesucristo, mediante la encarnación, a la vez la Gracia actúa pedagógicamente en el corazón de la humanidad con el proyecto de salvar.

Se ha profundizado el misterio de la Gracia desde la antropología teológica y las raíces bíblicas, tomando en cuenta algunos documentos de la Iglesia y sobre todo la Encíclica del Papa Francisco, EVANGELII GAUDIUM. Sin olvidar la función fundamental de la vida como Iglesia desde la Gracia como dimensión pastoral.

La recomendación está en avivar en nosotros la búsqueda de esta Gracia que nos habita desde siempre, para vivir desde la libertad, desde un auténtico compromiso. Solo así podemos llenarnos el corazón de rostros y de seres humanos, donde todos nos veamos como hermanos, en que todos seamos hijos de un mismo Dios que es Padre y Madre.

INTRODUCCIÓN

La presente investigación está centrada en la Gracia como don gratuito de Dios desde los sacramentos y aborda desde la dimensión exclusivamente de la Antropología teológica, si bien es preciso aclarar que este mismo tema puede ser tratado por otros autores desde otras corrientes teológicas, como la Moral, la Revelación, la Espiritualidad, la Pastoral sacramental, por sólo mencionar algunos ámbitos.

Desde el punto de vista lingüístico, el término Gracia o desgracia, son vocablos que permanentemente son usados en el lenguaje común, no sólo en el religioso o litúrgico. La gente de la calle tiene la convicción de conocer qué significan estas palabras, pero cuando se trata de profundizar en su etimología, significado y alcance, sobre todo en el ámbito de lo teológico, se quedan en silencio. Se trata de un concepto ordinario que nos trasciende constantemente. No es fácil delimitar sus alcances. Por otro lado, desenredar la madeja de conceptos erróneos, portadores de no pocas ambigüedades que se tienen sobre la gracia en su dimensión teológica, o como gracia de Dios, que se han transmitido a través de la experiencia en la familia, la cultura y hasta la enseñanza de la misma iglesia, y dar a conocer que la gracia como don gratuito habita en nosotros desde siempre y se da sin mérito alguno. Por nuestra parte, necesita detenerse, precisar, aclarar, recurrir a la historia y en definitiva, abrirse al misterio de Dios que siempre nos desborda.

Ciertas creencias suponen que para poder estar en Gracia de Dios, las personas deben tener un comportamiento adecuado, ajustado al ideal para estar bien con Dios y para ello deben llevar una vida impecable, digna y sacrificada consigo mismo y con los demás.

Se ha creído que la Gracia sólo se da a quienes tienen un comportamiento correcto. También se cree que una persona está en Gracia de Dios por los méritos que vemos en ella. ¿Y qué pasa con aquellos que viven sin seguir estos criterios religiosos? Los individuos hoy en día realizan muchas acciones para beneficio propio y hasta para merecer la salvación de Dios. Incluso se integran en una iglesia para sentir que Dios está contento con ellos, que puede mirar a la cara sin que se sonroje o se desvie la mirada, porque la mirada de Dios traspasa el misterio en lo más profundo de nuestro ser.

La investigación tiene como objetivo una razón teológico-pastoral, reafirmar que la Gracia de Dios es universal, gratuita, que actúa en la persona y la comunidad, como quiere y cuando quiere. Es una realidad misteriosa, sacramental, que nos sobrepasa en todas las direcciones. La Gracia es esa acción libre paterno-maternal, obra de Dios en su Espíritu y del Hijo redentor, ternura y comunión, que irrumpe en la humanidad; en cada mujer, en cada hombre, ofreciendo a todos la alegría de su salvación. Teológicamente, adentrarse en el tema de la Gracia, no ha sido tarea fácil para los teólogos y sus escuelas, a lo largo y ancho de la historia de la Iglesia. Tal vez los conflictos y divisiones han empujado la preocupación de profundizar un misterio que empapa todas las realidades humanas e históricas y las atrae hacia sí, con esa fuerza irresistible que se llama la Gracia, con la que Dios impregna todas nuestras relaciones, con esa presencia incondicionalmente libre, que nos permite reconocerlo en la fe, la Escritura, los hermanos y los signos de los tiempos. Adentrarnos en este tema es un verdadero reto para transformar aquellas imágenes de Dios que distorsionan nuestra mirada, no sólo por lo más rico que la Iglesia puede ofrecer, sino por esa aspiración humana de eternidad que Dios deja en cada ser como semilla fecunda que puede fructificar.

Como objetivos específicos de esta disertación, nos hemos trazado los siguientes: 1. Explicar que la Gracia es Dios mismo y que somos agraciados por Él. 2. Manifestar que una vez dada tal revelación en Cristo, participamos de su Gracia salvífica, mediante la fe y la justificación. 3. Revelar que la Gracia de Dios está en nosotros, no excluye a nadie, que opera en la persona sin mérito alguno.

El tema de estudio se basa en análisis y aportes de algunos teólogos que han estudiado el tratado de la Gracia desde la antropología teológica, desde el punto de vista de la teología que se desprende del Antiguo Testamento, en cuyos escritos podemos no sólo leer cómo el Señor de la Historia sale al paso de cada persona, sino del pueblo que se libera en su camino al encuentro con Dios, donde la Gracia de Dios se define como don inmerecido, pues Dios no abandona al hombre a pesar de su caída (Gen 3) y de todas las vicisitudes de su propia historia. Los alcances del presente estudio, abarcan desde el concepto general de la Gracia, experimentado como don gratuito de Dios hasta su dimensión comunitaria, vivida como pueblo y como comunidad eclesial. Que las personas se detengan por un momento, reflexionen y, viviendo en libertad y apertura para con Dios, su Gracia les permita encontrar el camino para ser agradables a Él y a los

demás. Dar a conocer que la Gracia de Dios es gratuita, volviendo nuestro rostro a la mirada benevolente de Dios y dejándonos guiar por Él con plena confianza al sentirnos sus hijos. Que esta revelación de amor dé un mayor sentido a nuestra vida, confortándonos y haciéndonos fuertes en nuestras debilidades, reconstruyendo los lazos que se pudieran haber perdido con Dios y los hermanos.

La justificación teológica, basada en lo que dice San Pablo en la 2ª Carta a la comunidad de Corinto (12,9), respondiéndose a sí mismo al pedirle al Señor que le quite ese aguijón que no lo deja tranquilo en el ejercicio de su misión y que podemos parafrasear de otra manera: “Me basta tu Gracia, pues en mi debilidad se manifiesta tu fuerza.” De la misma manera se ha creído que la Gracia de Dios es don, para todos, y que también actúa en los asesinos, secuestradores, violadores, los que roban y; cuantos usando su libertad contra Dios y los hermanos, realizan el mal. Si yo siendo pecadora puedo creerlo, ¿cómo Dios siendo perfecto podrá excluir a alguien de sus dones?

Finalmente, al haber recibido tal Gracia gratuitamente, el espíritu de la caridad nos invita a hacer lo mismo con nuestros hermanos, a compartir los dones recibidos, hacer fructificar los talentos y donarse al prójimo, a semejanza de la misericordia que Dios tuvo y tiene con cada ser humano. Me atrevería a decir, que por un misterio que nos sobrepasa, esta gracia alcanza a la naturaleza entera, no por nada, la teología clásica promovió el principio de que la gracia supone la naturaleza (Boff, 1978).

Esta investigación contribuirá a nivel teológico, a acrecentar nuestra esperanza, a identificarnos mejor como hijos de Dios, a reformular nuestra relación con Él y dejar de lado todas las condenaciones propias o ajenas respecto a nuestros pecados, concepción que nos manipula y nos impulsa a vivir más por temor que por amor, que es el supuesto primario de la gracia: Dios es amor y salvador, y no se cansa de bendecir a la humanidad para que se vuelva a Él.

Esta convicción da origen a este trabajo y con dicha convicción se ha tratado de darle fuerza y fundamento, dar a entender este misterio, a darse cuenta que la Gracia de la salvación ha sido dada como don gratuito, y que Dios no nos está pidiendo nada para merecerla. Dios, que es la fuente de Gracia gratuita, nos da a entender que al ser hijos suyos somos desde ya agraciados en Él.

En cuanto a la visión pastoral de esta investigación, se plantea necesaria para la renovación de la vida eclesial en varios aspectos. Para empezar, al comprender el sujeto, que ninguno de nuestros esfuerzos, aún heroicos, podrá acrecentar sus bonanzas ante Dios, no sólo queda libre para reconocerse plenamente como es (con todas sus virtudes y defectos) sino que además se alegra en la infinita misericordia de su Dios, que a pesar de sus debilidades, lo mira y lo elige, y lo llama, cada vez, apostando por él, insistiendo en su amor.

Por otro lado, al sentirnos amados, perdonados y salvados, al sentirnos elegidos desde el comienzo por Dios, aumenta nuestra humildad y al mismo tiempo, se alivian nuestras culpas, muchas veces alimentadas por planteamientos doctrinales equivocados, o llenos de ambigüedades, que se han propagado en el quehacer pastoral de la Iglesia, porque la realidad del pueblo es tan dura que a veces insiste desmedidamente en las retribuciones que Dios nos debe cuando nos sacrificamos y mortificamos por Él.

Me gustaría concluir con un aporte pastoral importante de esta investigación, que sería el cambio de mentalidad en las personas, y sobre todo en los planteamientos pastorales que se prodigan en los procesos formativo-pastorales de las parroquias, reaprendiendo del amor de Dios y de sus planes de salvación para el mundo. Esto daría paso a una mejor identificación de las personas como creaturas plasmadas según el corazón de Dios, donde el “yo y el otro” interactúan para dar su sentido pleno al don del Padre: la aceptación del otro, la misericordia ante las diferencias y debilidades, la búsqueda de la verdad ante la inconsciencia y la pérdida de valor de la vida, son sólo algunos de los aspectos que se transformarían frente a esta noción de amor de Dios.

Se cambiarían los sermones que acentúan machaconamente la culpa, por mensajes de tolerancia, entrega desinteresada y alabanza perpetua a la gratuidad recibida que, por ser tal, empuja a vivir de la misma manera con los hermanos.

En el aspecto pastoral, no todo está escrito, precisamente porque la realidad es cambiante y esta misma situación o realidad cambia dentro de la vida de Iglesia, su caminar o crecimiento en la fe, necesita una renovación permanente. Lo que hay que hacer es estar abiertos a todos esos cambios del ser humano, sin dejar de ponerle atención a todos los ámbitos que hacen posible el crecimiento espiritual de cada ser humano y de la comunidad cristiana.

Esta convicción es otro de los fundamentos que orienta el trabajo que presentamos, el cual intentará en las páginas siguientes, dar a entender este misterio, desarrollando el tema en tres capítulos; en el capítulo I: Jesús y la Gracia, que es la Gracia, intento de sistematización histórica, la tradición de la Iglesia, recapitulación, espiritualidad de la Gracia desde la realidad humana, en María, Dios manifiesta visiblemente su Gracia, cómo actúa la Gracia, la Gracia en el Antiguo Testamento, la Gracia en el Nuevo Testamento, la Gracia en la praxis de Jesús.

En el capítulo II: La Gracia en la humanidad, la Gracia y el pecado, la Gracia y su dimensión desde el perdón.

En el capítulo III: La Gracia en la praxis de la Iglesia, qué entiende la Iglesia por Gracia, cómo vive la Iglesia este don de Dios, como transmite el misterio de la gracia, Gracia y Eficacia.

En el capítulo IV: La Gracia en la Iglesia desde los Sacramentos como Dimensión Pastoral, la Gracia en el Sacramento del Bautismo, la Gracia en el Sacramento de la Confirmación, la Gracia en el Sacramento de la Eucaristía, la Gracia en el Sacramento de la Reconciliación, la Gracia en el Sacramento de la Unción de los Enfermos, la Gracia en el Sacramento del Sacerdocio, la Gracia en el Sacramento del Matrimonio.

Capítulo I

Jesús y la Gracia

El amor del Padre, fundamento de la Gracia que ha sido revelado a través de Jesucristo, es la fuerza que nos transforma para vivir en coherencia desde la verdad. La Gracia que nos habita ha sido manifestación plena de la santificación en Cristo, que nos renueva y nos abre a su Gracia, para aprender como Él a hacer la voluntad de Dios Padre, y aspirar a “lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 2, 12; 1Ts 5, 21-22).

Jesús y la Gracia, que es Dios mismo, fuerza que irrumpe la historia del hombre; es salvación para todos. La Gracia es la donación gratuita de Dios en todos. No solo en Jesús. La humanidad recibe la Gracia a favor de Dios mediante su Espíritu Santo que nos justifica, nos santifica.

Jesús es la Gracia que se dona siendo ofrenda de amor para la humanidad; en este don entrega su vida por amor a todos sin excluir a nadie. “Y la esperanza no quedara defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón por el don del Espíritu Santo. Ahora bien Dios nos demostró su amor en que, siendo pecadores, Cristo murió por nosotros”(Romanos 5, 5.8).

El Papa Francisco nos ayuda a entender mejor este misterio, que nos envuelve enteramente en lo que somos y aspiramos. Desde la Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, n. 264-279, en Jesús se nos otorga la filiación del Padre para la humanidad, su presencia, su mensaje; nos permite experimentarlo como Padre, dador de la Gracia, manantial que se nos ofrece totalmente en Cristo nuestro salvador, revelado en los Evangelios, mediante su vida y su entrega, vida compartida hasta entregarlo todo. Jesús nos comunica la vida, una vida en Gracia. Su vida fue la ofrenda de amor para con la humanidad, es por ello que estamos llamados a vivirla desde la gratuidad.

Jesús y la Gracia nos llevan al compromiso, pues una vida sin compromiso nos conduce al egoísmo, al sin sentido del vernos sin la presencia de Jesús, descentrados de nosotros mismos; para comprometernos luego, con la causa de los demás, desde el servicio, siendo los cooperadores e instrumentos de su Gracia para construir su reino.

Dios Padre nos comunica su Gracia en la persona de su Hijo, esa misma Gracia nos lleva a comunicarla a los demás desde la entrega diaria, teniendo como referente a Jesucristo que entregó su vida para redimirnos y así vivir en Él, desde el amor misericordioso del Padre que nos perdona de toda opresión a causa del pecado y nos lleva a vivir desde la libertad.

Jesús y la Gracia es el mayor tesoro que hemos recibido, pues en su Gracia sostiene a toda la humanidad con debilidades; que desde nuestra naturaleza nos habita. Muchas veces nos sentimos sumergidos en el pecado por abusar de nuestro libre albedrío; ya que Dios respeta la libertad de la criatura.

Dios en su ternura nos invita a vivir desde su Gracia y una vida en Gracia de este Dios que es bondad, nos lleva a seguir las huellas de nuestro hermano mayor que es Jesús mismo, siendo sus mensajeros, comunicando el don de su Gracia desde la alegría del encuentro, transformándonos en vidas llenas de Evangelio, vidas desde la renunciay la identificación del que padeció en la Cruz.

Jesús revela el rostro de amor de Dios manifestado en rostros concretos de personas, ese amor no excluye a nadie, es para todos, no importa lo que seamos, ese amor es iniciativa de Dios, demostrado a la humanidad desde la muerte en cruz de su Hijo, que venció la muerte resucitando para ser coherederos del don de la vida y de sus muchos dones.

Jesús es la belleza de la Gracia que transforma a la humanidad limpiando nuestros corazones de toda fealdad del pecado, en casos que pareciera tan imposible de reincorporar a la persona, solo el amor maravilloso de Dios en sus tres personas que demuestra que no hay nada imposible para el amor de Dios para vencer el mal.

Somos fortalecidos con la Gracia de Cristo, su amor es pura Gracia de Dios que nos perdona sacando tanto bien de nuestra miseria humana, “Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza, y no nos faltará su ayuda para cumplir la misión que nos encomienda” (Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, n. 275).

1. Qué es la Gracia

En el ámbito del imaginario cristiano la palabra “Gracia” es recurrida constantemente, desde el momento que podemos agradecer diciendo: “¡muchas gracias!” Con frecuencia en la iglesia, en el momento de la celebración de la Santa Misa, al momento de la comunión, alguien dice por el micrófono que sólo se pueden acercar a recibirla los que estén en estado de Gracia; en el catecismo se nos insta a vivir en la Gracia de Dios; hablamos de la Gracia de la salvación... Es una palabra muy llena de significados de la que se puede decir, como de tantos otros misterios, que todos sabemos qué es mientras no nos pregunten en concreto de qué se trata. No pocas veces es una palabra para amenazar o estigmatizar, como cuando se dice: “cayó en desgracia”. No pocas veces se utiliza la palabra “desgraciado” para insultar o despremiar a una persona. En el Evangelio de Marcos 3, 22 se nos recuerda que “Jesús expulsa a los demonios”. Son expresiones que nos muestran la amplitud de la Gracia como estado. A María, sin embargo, el ángel la saluda diciendo: «¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!» (Lc 1, 28). De Esteban, en el momento final, se dice: “Esteban, lleno del Espíritu Santo y con los ojos fijos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús, que estaba de pie a la derecha de Dios” (Hch 7, 55). Si Dios está con María y por ello es llena de Gracia; también esta Gracia está en Esteban lleno del Espíritu Santo.

Con el fin de salir al paso de malentendidos que se transmiten por costumbres ajenas a toda reflexión espiritual y teológica, se ha tratado de profundizar teológicamente, en un primer momento, sobre el tema, siguiendo la opinión más autorizada de algunos teólogos y de la enseñanza de la Iglesia, en el Magisterio por medio del Catecismo de la Iglesia Católica. La pluralidad y seriedad de los teólogos a los que nos referimos daría pie para dedicar el tiempo necesario a cada autor; pero este no es el objetivo que se pretende, sino más bien, lograr una síntesis coherente, ágil, lo suficientemente clara, que pueda ser entendida por el pueblo llano que con frecuencia llena nuestras iglesias o acude a las escuelas teológicas donde se preparan los catequistas y agentes de pastoral de las parroquias de Guatemala.

Nos hemos fijado en los siguientes autores: Juan Alfaro, jesuita, profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana; Leonardo Boff, teólogo de la liberación, suficientemente conocido en América Latina; Karl Rahner, eminente autoridad teológica en Europa antes y después del Concilio Vaticano II y, Juan Luis Segundo, jesuita, teólogo latinoamericano, que desarrolló su reflexión teológica en Uruguay, el magisterio de los Papas más recientes, sobre todo del Papa

Francisco, que a partir del Año de la Misericordia (2015-2016) ha insistido repetidamente en la misericordia infinita del Padre que nos ama, con una intencionalidad pastoral centrada en las personas y las comunidades. Los documentos de la Iglesia que peregrina en América Latina, sobre todo el de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, está presente en el trasfondo de preocupaciones que se presentan en este trabajo.

2. Intento de sistematización histórica

Partimos de algunas cuestiones históricas que nos muestran las dificultades teológicas que la pastoral ha debido sortear de cara al esclarecimiento de la enseñanza y en atención a la vivencia de una espiritualidad despojada de los fantasmas que fomentan una conciencia servil y no libre para el servicio del Evangelio en las comunidades cristianas. Cuando se repasa la bibliografía especializada sobre el tema que se presenta, se cae en la cuenta que sobrepasar ese ámbito es imposible. Se pretende solamente responder a los problemas pastorales con una labor de síntesis apropiada y pedagógica para las necesidades pastorales que viven las comunidades cristianas en Guatemala.

Cuando en la Iglesia se habla de la Gracia, en razón de los requerimientos pastorales del crecimiento personal y comunitario, se nos presentan varios problemas que no son de hoy; y que han tenido su desarrollo a lo largo de la historia de la Iglesia. La misma diferenciación cultural que ha marcado la historia de la Iglesia desde sus orígenes en distintos ámbitos geográficos, tanto en oriente (Iglesias Ortodoxas) como en occidente, en su dimensión latina o católica, se ve traducida en una diferente captación de la dimensión de la Gracia. Ambas Iglesias, a lo largo de su historia, nunca vieron la necesidad de traducir esta sabiduría en un tratado teológico formal sobre la Gracia; esto fue fruto de las polémicas surgidas en momentos puntuales de la historia, pero fundamentalmente, después de la reforma protestante del siglo XVI con las doctrinas de Lutero, Calvino, Zwinglio... y la consiguiente reacción católica a dichos planteamientos.

Estas diferencias históricas, no exentas de agresividad y señalamientos en sus planteamientos, han afectado no sólo el entendimiento ecuménico, olvidando el camino de la fraternidad universal por la que oró Jesús, sino que nos siguen enfrentando en conversaciones

familiares, en programas de radio y televisión. Esto nos muestra que estamos ante un problema actual.

En la teología de la Iglesia oriental, la Gracia se relaciona con el proceso de divinización del hombre. Para los padres griegos estaba claro que la Gracia tiene como fruto la divinización del ser humano; es un planteamiento bello y fecundo. Como lo reconocía San Ireneo, misionero sirio de oriente en occidente (la Galia): “Dios se ha hecho hombre a fin de que el hombre pueda llegar a ser Dios” (Adversus Haereses III, 19, 1). Es una cita tomada de un gran documento de finales del siglo II, “Contra los herejes”. Para los padres griegos y orientales, la Gracia se identifica con la acción histórico-salvífica de Dios trino; porque la divinización del hombre se realiza por la in-habitación de las tres divinas personas en el bautizado. Esta es una verdad incuestionable. La Iglesia latina ha recibido con alegría y gratitud esta doctrina, pero no es la única perspectiva.

Por su parte, San Agustín, que pertenece a los padres latinos de la Iglesia, que desarrolló su labor pastoral en el norte de África, se adentra en desentrañar el significado de la Gracia por otro camino que va a ser fecundo en la historia de la Iglesia occidental, a pesar que nace provocado por la confrontación doctrinal de su tiempo. Según él, la Gracia es una ayuda para el hombre. La Gracia nace en Dios, y enraíza en el interior de cada ser humano.

Pasamos a la Edad Media y la Escolástica; propia de esta época, sobre todo en el siglo XIII, sin mayores avances en la sistematización de la doctrina, si no es el hecho de destacar la escuela franciscana con san Buenaventura y Duns Scoto, ellos estuvieron de acuerdo con Santo Tomás en que la Gracia habita al ser humano, retomando el “habitus” y lo entienden como hábito infuso de la Gracia, como luz interior y como amor. En realidad, en todo esto, no hay nada en contradicción con los fundamentos bíblicos que se puedan esgrimir sobre la Gracia. Se podría añadir todavía un principio muy recurrido en la teología: Si san Agustín, como veremos, afirma que la naturaleza humana ha sido totalmente corrompida por el pecado original, se sigue que es indispensable la Gracia de manera absoluta para hacer el bien. Muchos siglos después, y sin la polémica que mantenía Agustín, piensa que la naturaleza humana es perfectible, está abierta a la Gracia y se consagra una frase famosa de la escolástica: “La Gracia supone la naturaleza y perfecciona”.

Las polémicas posteriores tienen raíces antiguas, nacieron cuando en tiempos de San Agustín. Pelagio que vivió a finales del siglo IV y principios del V, afirmaba que la voluntad humana, por sí sola, puede lograr hacer el bien y evitar el mal o el pecado. Esta concepción exasperó los ánimos del Obispo de Hipona y provocó que el Concilio de Cartago (norte de África) en el año 418, dejara establecido que la Gracia es absolutamente necesaria para cumplir los mandamientos, evitar el pecado, y que la ayuda de la Gracia es absolutamente necesaria para fortalecer la voluntad humana en el ejercicio del bien y el amor a Dios (cf., Denzinger, 225-227). La Iglesia establece, para el ser humano, que la ejecución de cualquier obra buena es fruto de la Gracia sin la cual nada es posible a la voluntad del hombre, limitada por naturaleza y marcada por la herida del pecado de Adán.

Para la concepción luterana y, en parte, para la reforma protestante, la libre voluntad de hacer el bien por parte del hombre fue aniquilada completamente por el pecado de Adán, que hizo al hombre corrupto por naturaleza; después de esto, la voluntad humana es un vacío total. El ser humano es por naturaleza malo. Es una visión muy pesimista de la creatura de Dios, tanto, que por el pecado original, el ser humano pierde su semejanza con Dios. Lutero llegará a identificar la Gracia con la justificación del pecador. Si para los escolásticos la Gracia era una cualidad entitativa presente en el hombre, “habitus”, para Lutero la Gracia se identifica con el favor de Dios, un favor externo por un acto de amor inmerecido, que permite establecer o recuperar una relación personal, individual, de Dios con el hombre, que de otra manera sería imposible. En términos exclusivamente cristológicos, Lutero piensa que en este proceso opera Jesucristo como Gracia de Dios en persona. Por tanto, a la obra de la salvación de Jesucristo, existente fuera de la persona humana, se le adjudica el perdón de los pecados por la fe que nace de la escucha de la palabra del evangelio. La voluntad completamente corrupta de la libertad humana, no puede colaborar en su salvación. Es la “sola Gracia” la que nos salva.

Después de mucho caminar, con la mediación del Concilio de Trento (1546-63), y los avances de la Teología del siglo XX, en el ámbito católico, se concibe que la Gracia es en su esencia fundamental autocomunicación de Dios; así lo piensa Karl Rahner. Por tanto, es un acontecimiento de relación personal. En este dinamismo relacional, la Gracia de Dios tiene la iniciativa y en ella la libertad humana permanece subordinada. Esta doctrina ha sido fecunda para el entendimiento de las Iglesias. En el diálogo ecuménico, se ha llegado a concebir que la

Gracia no puede ser reducida a la justificación individual de la persona humana, sino que se debe comprender su referencia eclesial-comunitaria y social; no excluye la libertad humana, sino que la libera para que pueda desarrollar una misión incluyente, constructiva y fecunda (Rahner, J. 2008).

Bíblicamente, se puede llegar a la siguiente conclusión: La Gracia como acción libre del amor de Dios para la salvación de los hombres, constituye la perspectiva fundamental y central de la fe bíblica en Dios: la Gracia es el compendio de la relación positiva, personal e histórica de Dios con los hombres; es el compendio del amor y la filiación divina (cf. Tit 3, 4-5). De acuerdo con esta conclusión, la teología entiende que el Dios de amor, el Dios de Jesucristo, en su misterio trinitario, actúa de manera totalmente libre en la historia por medio de la creación, la redención y la consumación final de los tiempos en favor del ser humano. Aunque las tres divinas personas colaboran misteriosamente en esta economía de la salvación, los teólogos relacionan la creación con el Padre, la redención con el Hijo y la plenitud del cumplimiento final de la historia con el Espíritu Santo. Si aceptamos esto, podemos reconocer que la Gracia es para el hombre participación en la esencia de Dios y a la vida de Dios.

Si hacemos la lectura desde la Cristología, desde el Nuevo Testamento, podemos concluir, que la Gracia es la acción absolutamente libre del amor de Dios para la salvación de los hombres en la persona y en la obra de Jesucristo. A través de la encarnación del Hijo de Dios en Jesucristo, la Gracia se manifiesta como una persona histórica concreta. El Dios-hombre Jesucristo, que hace posible la relación más estrecha entre Dios y el hombre, cumple una obra salvífica universal, fuente de comunión: con su muerte y resurrección se constituye en mediador para la remisión de los pecados y la realización de una nueva creación, eficaz para todos los hombres y capaz de establecer comunión con Dios.

Esta concepción cristológica tiene su prolongación pneumatológica y eclesiológica, o si se quiere, la Iglesia en América Latina reconoce que la fe nos llegó a través de la comunidad eclesial (Aparecida 156). Es el Espíritu del Resucitado, el que lleva a su cumplimiento pleno el proyecto del Padre realizado por Jesús, cuya presencia viva se prolonga en la comunidad eclesial. “Este Espíritu de amor reúne a todos los hombres que creen en Cristo, en la Iglesia, comunidad del Resucitado, comunidad de comunidades” (Aparecida 170) en una Iglesia servidora de la

misión de Cristo, que responde con prontitud a las llamadas del Espíritu que hay en ella y permanece atenta a los signos de los tiempos.

Y la Iglesia por vocación ha sido enviada a transmitir la Gracia de Cristo mediante la palabra salvífica y eficaz del Evangelio y los signos salvíficos y eficaces de los sacramentos, entendidos desde una visión nueva y propositiva (Aparecida 28-32). En razón de esta misión, es el mismo Espíritu el que hace surgir en la Iglesia los carismas y ministerios, siempre presentes en la Iglesia (Puebla 207), provenientes del Espíritu Santo para la nueva evangelización (Aparecida, 150, 162, 169). Es importante entender, por sus consecuencias pastorales, que la gracia, desde esta visión pneumatológica, es una realidad dinámica, es un acontecimiento continuo, y por la calidad del amor de Dios, es una fuerza viva que provoca un movimiento en el ser humano, en las comunidades, en la Iglesia (Aparecida 178-180). Este Dios trinitario que permitiendo que el hombre participe en su propia esencia y vida, compenetra y modifica el ser en virtud de esta nueva relación con Él. De esta manera otorga al ser humano la sublime energía interior para vivir la fe, la esperanza y la caridad, que le permiten una relación viva y permanente con Dios.

La Gracia se transforma así en una realidad concreta de la historia, con su pasado, presente y futuro, donde se manifiesta la eficacia del amor de Dios, en su creación, en su redención y en la consumación positiva de la historia. Y esto tiene mucho que ver con la realidad de cada ser humano donde la acción histórica del amor de Dios se manifiesta en la vocación (disposición de cada hombre), la justificación y santificación. Esta realidad histórica no queda encerrada en individualidades. La Gracia es comunitaria, encarnada en la historia del pueblo de Dios que ha transitado de la antigua a la nueva alianza. Este pueblo de Dios ha permitido una efectiva mediación de la salvación vivida comunitariamente.

En este proceso se puede afirmar que la Gracia tiene sus dimensiones humanas plasmadas en la belleza, la bondad, la justicia, la liberación de los pueblos de toda opresión que impida la plena realización de los pueblos y no garantice los derechos humanos. Esta dimensión de la Gracia no puede ser banalizada y comercializada con una visión espiritualista de la fe cristiana fundada en la así llamada “teología de la prosperidad”, haciendo a Dios dueño de un supermercado de gracia y sanación. Y esta realidad tiene sus síntomas en diversas iglesias, que se reconocen en lluvia de gracia, y los grandes eventos de sanación, donde pareciera que el

cristiano fuera dueño de la voluntad divina que debe rendirse a los aplausos o la insistente vociferación de la presencia del Señor. ¡Qué lejos se vive la gratuidad de la Gracia!

3. La tradición de la Iglesia, recapitulación

Después de todo este proceso, podemos volver sobre el camino recorrido para afianzar la doctrina que la tradición de la Iglesia siempre ha reconocido en el ámbito que nos preocupa: gratuidad, necesidad y universalidad de la Gracia. La Gracia es gratuita; el ser humano no puede disponer o apropiarse de ninguna acción del amor de Dios. Dios vive la comunión con los seres humanos con libertad absoluta, no es ajeno, pero tampoco servil. El hombre no puede apropiarse de este amor misteriosamente libre de Dios ni con obras ni como resultado de los méritos por realizaciones cumplidas, que algunos pueden identificar con ofrendas de Gracia, con las que se llenan de dinero las canastas de algunos pastores.

La Gracia es puro don de Dios, del que el hombre no dispone, ni puede prever o calcular su alcance o dirección. La Gracia es también necesaria, con lo que se indica que el hombre no puede lograr la salvación sin la intervención de Dios. La Palabra de Dios nos muestra cómo el Dios de bondad, revelado plenamente en Jesucristo, a lo largo de toda la historia de la salvación, es quien tiene la iniciativa. Esta afirmación se puede comprobar en cada página de la Biblia. Esto nos lleva a la afirmación de que el hombre depende en todo de Dios, desde el principio hasta el final, para alcanzar la salvación de Dios y realizarse plenamente en medio de las realidades temporales de la historia.

La Gracia es universal, porque la acción de Dios alcanza a todos los hombres sin excepción. En este sentido, la predestinación indica que todos los hombres forman parte de la salvación de Dios, en la que a todos se les ofrece la posibilidad real de alcanzar la salvación. Desde el corazón de Dios, la Gracia es ilimitada, que para el ser humano es un misterio incomprensible e insondable. Esta afirmación pareciera indicar que Dios debilita la libertad humana. La cooperación que Dios pide a cada ser humano para su salvación, los teólogos la entienden este momento con el concepto de aceptación libre. Dios en su infinita bondad, garantiza al mismo tiempo a la libertad humana una actividad subordinada pero autónoma. Es decir, la fuerza y la Gracia de Dios crece en la misma medida en la que él hace posible la plena libertad humana. El hombre es tanto más libre cuanto más permite obrar en su interior a la Gracia

de Dios. Aquí se da una relación dialógica, fruto de un diálogo amoroso: Dios respeta al hombre creado libre y nuevamente liberado como persona y lo llama a su plena comunión salvífica de amor.

Pastoralmente, es bueno recordar una fecunda expresión de San Agustín: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”; desglosando un poco; la primera parte, se refiere a la naturaleza humana que recibimos sin nuestro consentimiento, pero llamada a la trascendencia. La segunda se refiere a lo que proclama San Pablo: “Se recoge lo que se siembra” (Gál 6, 7). De esta manera el hombre es el interlocutor libre de Dios, que puede responder a su palabra llena de amor y de Gracia, con un sí o con un no. Si la respuesta es sí, el hombre inicia el camino bajo la iniciativa de la Gracia, estableciendo un diálogo lleno de amor entre Dios y el ser humano.

4. Espiritualidad de la Gracia desde la realidad humana

Teniendo en cuenta el desarrollo hasta el momento elaborado, pastoralmente, es importante para las comunidades cristianas iniciar procesos que permitan al ser humano individual y comunitariamente abrirse al don de la Gracia de Dios, como vocación o identificación con el proyecto de Jesús, que es la realización del Reino de Dios. El Espíritu nos coloca en la dinámica de la realización del proyecto de Jesús; para la Iglesia, esta es su vocación y misión.

A partir del camino recorrido, en América Latina, se concibe la Gracia, en su fuerza y presencia en el cristiano, preferentemente como transformación del hombre: Gracia creada, realizada por la presencia purificadora y amorosa de Dios; Gracia increada, mediante la cual el hombre puede dejar de ser no hombre, su vocación fundamental, o arrastrarse por las veredas de la historia huyendo de sí y de Dios, o volver a identificarse con su vocación y llamada a realizar su proyecto de vida como hijo de Dios, siendo fiel al sello impreso en su interior: hecho a imagen y semejanza del creador (cf. Gén 1, 27). Luego puede ser deificado, es decir alcanzar la plenitud de su humanidad. Dios es la fuente de todo bien, de toda vida, de todo amor, de toda donación, de toda alegría. Nadie precede a Dios: “No hagan como ellos, porque el Padre que está en el cielo sabe bien qué es lo que les hace falta, antes de que se lo pidan” (Mt 6, 8). Este no es un tema fácil para la catequesis y la religión del pueblo, acostumbrado a tantas mediaciones de signos, símbolos, santos, tiempos, lugares... En la catequesis, adentrarnos en el misterio de la

Gracia significa esforzarse por purificar las imágenes de Dios, con frecuencia muy afines a ídolos hechos por manos humanas (cf. Sal 135, 15-17).

Desde la visión sintética de la doctrina de la Gracia desarrollada hasta ahora, es importante entender el principio de reciprocidad, condición imprescindible para el acontecimiento salvífico de la Gracia. Es la interrelación de la alianza de amor vivida a través de la historia, establecida mediante la historia, que es historia de salvación, entre Dios y el hombre. Una relación de Dios con el hombre es la alianza de amor al pueblo de Israel, es una historia que trasciende, en la que se establece una apertura al Dios de bondad, que lo único que quiere es el bienestar y la libertad del hombre. La Gracia tiene una dimensión existencial, sin el hombre no existe la Gracia y el hombre no existe sin Dios, que es la cumbre de toda Gracia, la Gracia implica al hombre como sujeto mismo de la Gracia.

Desde luego la Gracia es gratuidad generosamente dada por Dios en la criatura, sin merecerla, pues Dios no nos está pidiendo nada a cambio y gracias a ella somos seres agraciados mediante la fe en Jesucristo, su Hijo. La catequesis sobre este tema es lograr lo que se nos dice en el evangelio según san Juan, de Natanael, que cuando se encuentra con el Maestro, exclama: “Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel” (Jn 1, 49); o como lo describe el evangelio de san Mateo, dedicado a judeocristianos, cuando describe a Jesús caminando sobre las aguas, y Pedro piensa que puede hacer lo mismo, pero se hunde, y Jesús le da la mano a la vez que le dice: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” A lo que el evangelista añade: “Los que estaban en la barca se postraron ante él, diciendo: «Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios»” (cf., Mt 14, 31-33).

La Gracia no depende de méritos humanos ni de obras, ni de impulsos voluntaristas, como el de Pedro, si la fe se manifiesta a través de las obras, la Gracia no depende de las obras, se da cuando Dios quiere y como Él quiere y dónde quiere; hay tantos que se esfuerzan constantemente en sus obras para sentirse agraciados y bendecidos por Dios y Él no quiere tanto esfuerzo, porque se auto-dona por ser la Gracia misma. San Pablo nos recuerda un paso que como judío que es, no puede negar de la historia de la salvación: “¿Es que Dios ha rechazado a su pueblo? ¡De ninguna manera! Porque también yo soy israelita, descendiente de Abrahán y de la tribu de Benjamín. Dios no ha rechazado al pueblo que había elegido... Pues así también en el

tiempo presente ha quedado un resto gratuitamente elegido. Y si es por Gracia, ya no se debe a las obras, pues de lo contrario la Gracia no sería Gracia” (Rom 11, 1-2. 5-6).

La Gracia es Dios mismo, a Él no se le puede manipular; la Gracia es la libertad de Dios en el ser humano, no se puede negociar para poder recibirla, sino requiere de la libertad del ser humano para ser agraciado desde la Gracia misma.

En el Nuevo Testamento encontramos “gracia” y “mérito”. Definimos la Gracia como detalle o don no merecido. Jesucristo es el mayor don recibido y por él hemos sido salvados a pesar de nuestros pecados, ya que Dios Padre no se queda en el pecado, se fija en el pecador.

El amor de Dios es la Gracia que con su luz ilumina las tinieblas de la humanidad dándonos la sabiduría y la fuerza asemejándonos a Él. La Gracia es la filiación de ser esos hijos amados de Dios.

Es permanecer en la bondad del Padre, viviendo en el Padre y unidos a su Hijo, es disfrutar infinitamente como hijo desde el espíritu del Padre y el Hijo, los dones de esta Gracia que nos posee desde siempre, desde la unidad del misterio de la Trinidad, Dios uno y trino.

Por lo tanto, se puede hablar de la Gracia desde un doble sentido: como don, donde somos habitados por Dios o como auxilio divino, que nos mueve a hacer el bien a los demás, por ser un don habitual.

Según lo que enseña el Catecismo de la Iglesia Católica (1998), la Gracia es belleza de Dios, que nos habita día con día sin excluir a nadie y tiende a renovarnos no cuando nosotros queramos, sino cuando Dios quiere. “Esta vocación eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque solo él puede revelarse y darse a sí mismo” (1998).

La Gracia es Cristo que en su bondad se entrega gratuitamente para ser redimidos con Él, para ser cada vez más compasivos. “La Gracia de Cristo, es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el espíritu santo en nuestra alma, para sanarla del pecado y santificarla: es la gracia santificante recibida en el bautismo” (CEC, 1999).

Según la Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, n.12: “Es todo bien recibido y ordenado a la santificación del hombre con fin de estar y vivir en comunión con Dios, el cosmos, con los demás y consigo mismo”,

La Gracia reclama alteridad, estamos llamados a auto-donarnos los unos a los otros, siempre al servicio de los demás, para la edificación de la Iglesia hecha por los hombres pero edificada en Cristo (cf., Rom 12 y 1Cor 12).

La doctrina de la Gracia desde la antigua tradición a nuestros días, ha configurado la Gracia desde la persona misma, ya que nos reivindicamos desde nuestra identidad como personas hechas a imagen y semejanza de Dios, que nos hace coherederos de su Gracia; esta integridad se hace presente en las dimensiones comunitarias. Ahí se encuentra inevitablemente con la eclesiología, que nos presenta la Iglesia fundada en la comunión.

Uno de los Padres de la Iglesia, Orígenes, puntualiza el término de Gracia desde el sacramento del bautismo, que es la cima de la aspiración de todo creyente, es el mayor grado de la Gracia en sus efectos, por eso que mediante este sacramento se desenvuelve la misma Gracia en las etapas de la vida espiritual; el bautismo es la fuente y fin de toda Gracia, con el símbolo del agua somos lavados, purificados y transformándonos en signos de unidad con Cristo y somos miembros activos del pueblo de Dios y pasamos a formar parte del ser Iglesia (Boff, 1978).

A través del bautismo recibimos la Gracia del Espíritu Santo y formamos parte del Hijo mediante la unidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Con el bautismo somos llamados a ser herederos de la santificación divina, participando de ella desde la naturaleza divina por formar parte del amor incondicional de Dios Padre. Se ha explicado cómo lo que toca Dios queda “divinizado”; y la doctrina de los santos padres de la Iglesia ortodoxa nos habla muy claramente de que Dios al actuar, nos hace enteramente suyos, nos diviniza.

San Atanasio puntualiza que la Gracia es revelación del verbo encarnado a través del “sí” de una mujer, finalizada a la restauración de una humanidad marcada por los estigmas del pecado, revelando así la sensibilidad de la debilidad humana con el objetivo de salvar al hombre entero, dándole vida desde su Gracia mediante la muerte y resurrección de Jesucristo. Con el hecho que el hijo de Dios se formó en las entrañas de una mujer, fue con la condición de hacerse humano con la humanidad. Podemos nosotros, por esta semejanza física, asemejarnos al Padre creador, por la filiación del Hijo; qué mejor que san Pablo para hacerlo evidente: “Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo el dominio de la ley, para liberarnos del dominio de la ley y hacer que recibiéramos la condición de hijos adoptivos de Dios” (Gál 4, 4-5).

San Basilio el Grande, hace resaltar la importancia de la Gracia creada, en la criatura esclava; pero el Espíritu libera; la criatura tiene la necesidad de recibir la vida, el Espíritu la da; la criatura necesita ser enseñada, el Espíritu enseña; la criatura necesita ser santificada, el Espíritu santifica.

Por esta razón, San Agustín puntualiza que la Gracia es la esencia misma del Dios de la vida que se dona gratuitamente por amor a la humanidad, Dios da su Gracia a todos siendo universal. La Gracia no es un galardón que se gane o fruto del esfuerzo del ser humano por conseguirla, sino que se recibe y está desde siempre en la criatura por ser Gracia.

La Gracia está siempre actuando en el corazón del hombre y siempre dispuesta a transformar a aquéllos en los que actúa la Gracia, para trazar el paso de un corazón de piedra a un corazón de carne. La Gracia, es la que siempre libera al ser humano, dándole capacidad de discernir y elegir entre el pecado y su Gracia. A la vez da la salud física y espiritual. El libro del Deuteronomio pone en labios de Moisés un reproche contra el pueblo de Dios: “Pongo hoy por testigos contra ustedes al cielo y a la tierra: ante ti están la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida y vivirán tú y tu descendencia, amando al Señor tu Dios, escuchando su voz y uniéndote a él, pues él es tu vida y el que garantiza tu permanencia en la tierra que el Señor juró dar a tus antepasados, a Abrahán, Isaac y Jacob” (Dt 30, 19-20).

Originalmente Santo Tomás designa la “Gracia como el don creado y no el amor de Dios”. Nos presenta la Gracia haciendo la diferencia entre el amor benevolente de Dios y la Gracia como don eterno y don fundado. Donde Dios por amor siempre toma la iniciativa al darse a sí mismo a los hombres y mujeres que son su obra creadora más perfecta y maravillosa. En la Gracia hay una realidad creada por naturaleza, el ser es imagen y semejanza del Dios creador.

El autor se fija en la conversión del ser humano: La Gracia simbolizada por naturaleza divina, también se expresa en la eficacia del ser desde la coherencia y el ejemplo de la persona misma. Dios manifiesta toda su bondad haciendo la Gracia eficaz. Según Santo Tomás, hacer lo bueno es estar en estado de Gracia y hacer lo malo es no tener su Gracia. Esta concepción ha pasado a los catecismos más diversos de la Iglesia a lo largo de su historia.

La Gracia es la presencia de Dios en todo lo que hacemos y, no vivir la Gracia de Dios es no estar con Él. Santo Tomás deja claro que tener la Gracia por ser ya creada, es hacer siempre el

bien. Dios que es la fuente de toda Gracia, nos da la libertad de ser plenos en su Gracia y así lograr la realización que todo ser humano busca, alcanzando la felicidad, la alegría cuando menos lo esperemos por ser agraciados desde Dios.

Hoy podemos reconocer con la presencia del Papa Francisco como sucesor de Pedro, que vivimos un tiempo de gracia. Lo expresa con su palabra y sus gestos, con sus presencias alejadas de los lugares comunes. Lo expresa también con la formalidad de su doctrina, por ejemplo, en la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (noviembre de 2013), n. 272.

“El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano «camina en las tinieblas» (1 Jn2, 11), «permanece en la muerte» (1 Jn3, 14) y «no ha conocido a Dios» (1 Jn4, 8). Benedicto XVI ha dicho que «cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios», y que el amor es en el fondo la única luz que «ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar» (*Deus caritas est*, 39). Por lo tanto, cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios. Cada vez que se nos abren los ojos para reconocer al otro, se nos ilumina más la fe para reconocer a Dios. Como consecuencia de esto, si queremos crecer en la vida espiritual, no podemos dejar de ser misioneros. La tarea evangelizadora enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes espirituales, nos hace más sensibles para reconocer la acción del Espíritu, nos saca de nuestros esquemas limitados. Simultáneamente, un misionero entregado experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás. Sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien, buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad, porque «hay más alegría en dar que en recibir» (*Hch* 20,35). Uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio.

El Papa Francisco en la Exhortación *Evangelii Gaudium* llamada a constituir el fundamento de la reforma de la Iglesia en los albores del siglo XXI, nos ofrece retos sumamente fuertes para construir sobre roca las comunidades cristianas. Dios se identifica con el otro, como

establece San Juan: “Si alguno dice: «Yo amo a Dios», y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn. 4, 20).

La Exhortación Apostólica del Papa Francisco, constituye una invitación para la humanidad a abrirse a la Gracia divina que nos habita, para que nuestro corazón no se endurezca.

El gran mártir de la iglesia reformada alemana, Dietrich, Bonhoeffer. (1968, Pp. 17-19), hace dos diferencias en el concepto de Gracia; distingue “la Gracia barata y la Gracia cara”. La Gracia barata, según él, es “la Gracia considerada como una mercancía que hay que liquidar, es el perdón malbaratado, el consuelo malbaratado, es la Gracia como almacén inagotable de la Iglesia, de donde la cogen unas manos inconsideradas para distribuirla sin vacilación ni límites; es la Gracia sin precio que no cuesta nada” (p. 17).

La Gracia barata significa que la creatura no encuentra gracia, ni favor de Dios, se refiere a aquellas personas que no se han identificado como hijos y no se han dejado amar por su Padre, no han experimentado a Dios en sus vidas ni mucho menos como su creador, estas personas son las que llevan una vida superficial, centradas en sí mismas llevando una vida superflua y muchas veces se llaman cristianos para justificar sus malos actos, son las personas que carecen de encuentro y reconciliación con Dios y consigo mismo.

La Gracia barata según el autor, nos lleva a la perdición, nos duerme la conciencia sin vivir desde el arrepentimiento; es la gracia acomodada sin compromiso, es una gracia egocéntrica sin tener a Cristo en nuestras vidas.

Lo contrario de la Gracia barata, es la Gracia cara (Dietrich. Bonhoeffer, p. 19); reconoce que la Gracia cara es “el tesoro oculto en el campo por el que el hombre vende todo lo que tiene; es la perla preciosa por la que el mercader entrega todos sus bienes”. Esta Gracia es el mayor tesoro depositado en el corazón de la persona, es Cristo mismo que nos habita, pero no se descubre hasta que no nos adentramos a descubrirla, pero una vez descubierta, lo dejamos todo por quedarnos con ese tesoro, el cual no tiene precio. Ese tesoro es la totalidad de nuestra existencia y esa existencia encuentra su plenitud en la alegría de vivir, viviendo como verdaderos bautizados, como auténticos cristianos.

Bonhoeffer ratificó con la oferta de su propia vida estas afirmaciones, recibiendo la palma del martirio pocos días de finalizada la segunda guerra mundial, preso como estaba en los campos de concentración de Alemania.

De acuerdo con otra visión, el término Gracia designa originalmente la benevolencia del superior para con el inferior. Es una cualidad del superior que mira benevolentemente y se inclina favorablemente. Expresa una actitud favorable y abierta de la persona que quiere bien a otra y le tiene simpatía (Boff, 68-72), la Gracia es la amistad de Dios como signo, a la persona que le da la razón de ser desde lo que es.

5. En María, Dios manifiesta visiblemente su Gracia

La Gracia es un acto de amor e iniciativa de Dios, es agradecer la vida de los demás sin excluir a nadie, la Gracia da totalidad a la preexistencia del ser humano, vivir en Gracia es vivir en el amor, amando al otro desde el amor de Dios que demuestra su amor y se mantiene fiel a pesar de ser “pecadores e ingratos” (Lc 6,35).

La Gracia es habitual y se manifiesta en nuestro actuar, teniendo en cuenta nuestra corporeidad; somos agraciados para con los demás y encontramos gracia para ellos en todo lo que hacemos, con nuestras palabras, gestos e iniciativas y, esto sucede porque el favor de Dios está con nosotros. Tenemos a María, la madre de Jesús, el hijo de Dios, quien encontró favor a los ojos de Dios y es por eso que el ángel se dirige a ella con este saludo: “¡Alégrate...!”, en el contexto de la anunciación (Lc 1,26-38).

Encontramos la alegría de la Gracia en la manifestación de Dios que otorgó Gracia en María invitándola a que se abra a la novedad liberadora que viene de lo alto. La Gracia es la liberación de Dios, esperanza del pueblo que por años ha suspirado la ayuda de Dios para ser liberado de la opresión; es desde ese contexto que “María es invitada a alegrarse por dos motivos primero, porque has hallado Gracia delante de Dios” (Lc 1,30).

El saludo que el ángel dirige a María, en su contenido está cargado de significado, porque conlleva el proyecto de Dios que se realiza en María, a la vez designa la auto-comunicación de la Gracia a través del Espíritu Santo. Dios irrumpe en la historia de la humanidad en este gesto singular: “El ¡Ave!: ¡Alégrate!” (Lc 1, 28); que corresponde al término griego “jaire”, que en

hebreo puede traducirse como: ¡Salve, la paz esté contigo! Y en griego “jaire” que tiene la raíz “jaris”, que significa Gracia.

El símbolo de la encarnación contiene el misterio de la Gracia que se encarna en las entrañas de una mujer; Dios se revela con gratuidad a María y ella responde desde su “sí” generoso, entregándose a la Gracia divina. Se abandona al absoluto de su vida acogiendo a Dios en sus entrañas, quien se hace humano como todos.

El Concilio Vaticano II afirma cómo el Espíritu Santo pasa sobre María y la hace una nueva criatura (LG, 56), más aún, María “es el sagrario” (LG, 53); porque su misión es llevar en su vientre al Verbo encarnado. Es un misterio que desvela el misterio femenino de Dios, porque en ella habita el Espíritu Santo; María es la llena de Gracia.

María dio personalidad a la Gracia mediante la tercera persona del misterio de la Santísima Trinidad, por lo que el ángel no la aturde ni sobrepone a su libertad, sino que le expresa que el Señor estará con ella, ya que en ella se repite la historia del pueblo de Dios. Está con ella de la misma manera, como acompañó a su pueblo desde siempre, restableciendo la alianza de la salvación, siendo ella el templo del Espíritu Santo.

6. Cómo actúa la Gracia

En el apartado anterior hemos podido adentrarnos en los caminos que Dios, en su misterio insondable, utiliza para hacerse presente en medio de su pueblo; la Biblia nos muestra a Dios hablando cara a cara con Moisés (cf., Ex 33, 11), Jacob luchó una noche entera contra el ángel del Señor (Gén 32, 25), Job reclama a Dios con la experiencia de una esperanza frustrada (Job 17, 15); Jeremías se niega a hablar en nombre del Señor (Jer 20, 7-11); María no acepta resignada, sino que pregunta: “¿Cómo será esto, pues no conozco varón?” (Lc 1, 34). En todos estos casos vemos que la acción de Dios es impredecible; este es el camino de la Gracia.

La Gracia está siempre en gestación trabajando en el silencio del corazón del hombre e irrumpe cuándo quiere en la historia misma del ser humano.

¿Cómo actúa la Gracia? Se da a todos en su variedad de grados y carismas, por ser la belleza última de todo cuanto fue creado y alcanza su perfección en lo imperfecto del mundo y

en la debilidad del mismo ser. Por eso la gracia es el fin último de cada persona, para la edificación del cuerpo de Cristo, que es su Iglesia, actúa cuando quiere, no cuando la persona quiere o reclama, irrumpiendo en la historia misma de la criatura de manera impredecible y misteriosa.

San Pablo abrigaba en su naturaleza humana alguna debilidad visible que le molestaba o le impedía reafirmar su palabra con fuerza y credibilidad; sentía que Dios no lo había favorecido, pero sabía cómo era el actuar del Dios de Jesucristo, y reconocía: “Precisamente para que no me valore más de la cuenta, tengo una espina clavada en mi carne, un representante de Satanás encargado de hacerme sufrir para que no me enorgullezca. He rogado tres veces al Señor para que apartara esto de mí, y otras tantas me ha dicho: «Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad». Gustosamente, pues, seguiré enorgulleciéndome de mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2Cor 12, 7-9). Esta es una bella muestra de cómo opera en cada ser humano la gracia de Dios.

También actúa por vocación ante la llamada a ser hijos de Dios, es la amistad de Dios en favor de la humanidad, es hallar Gracia a la mirada llena de ternura de este Dios que no rompe la alianza de amor con su pueblo elegido (Gen 6,8; 18,3; 19,19; Ex 33,12; 3,21).

Actúa a través de la historia de salvación, aunque se nos ha venido transmitiendo que dejamos de ser agraciados por Dios a causa del pecado mismo, pero Dios no olvida su alianza con su pueblo a pesar de la caída. Es muy iluminadora la lectura del texto del biblista alemán Norbert Lohfink. La alianza nunca derogada: reflexiones exegéticas para el diálogo entre judíos y cristianos (ed. Herder, Barcelona 1992). San Pablo lo expresa muy plásticamente en la carta que dirige hacia el año 58 a los cristianos de Roma: “En lo que respecta a la aceptación del evangelio, los israelitas aparecen como enemigos de Dios para provecho nuestro; sin embargo, en lo que respecta a la elección, siguen siendo muy amados por Dios a causa de sus antepasados, pues los dones y la llamada de Dios son para siempre” (Rom 11, 28-29); no son, sin embargo, palabras fáciles de comprender las de San Pablo.

En la praxis pastoral, nos encontramos diariamente con muchas paradojas. Por un lado existe la convicción de que una vez pecamos nos alejamos de Dios; sin embargo, eso no significa que la Gracia de Dios ya no nos habita o que Él mismo se haya alejado de nosotros, somos nosotros que desde nuestro libre albedrío nos hemos separado de esta Gracia que nos habita

incondicionalmente y es por eso que pecamos porque rompemos nuestra alianza con Dios. Hay consecuencias sociopolíticas de este principio en la vida real; si el pecador perdiera por el pecado toda la dimensión de la dignidad humana, como un réprobo, es un signo de que ni en la vida prestará un buen servicio. Existen sectores de creyentes, que niegan la validez de los derechos humanos a personas, que por ejemplo, han cometido asesinatos o delitos gravísimos contra colectivos sociales. En este sentido, piensan que la misma Biblia autoriza la ejecución de la pena capital, porque la dignidad de un asesino es signo irreparable de su condenación. Adelantársela, no constituye ningún delito.

Desde la teología y la correcta hermenéutica católica de la Biblia, es imposible sostener la validez de tales argumentos; sin embargo, día a día aparecen en los medios de comunicación opiniones de diverso calado y procedencia que reclaman la pena de muerte para quienes ellos consideran delincuentes irreductibles.

El teólogo brasileño, Leonardo Boff, (1978, pp. 61-68) plantea una visión de la Gracia como misterio sobrenatural, existente dentro de una cultura y la sociedad misma; a la vez recalca que la Gracia es una experiencia de liberación cultural, ya que debemos reaprender del término Gracia desde las mociones del corazón.

La Gracia no es de razonar sobre ella, es tener una experiencia de Dios desde la Gracia, es descubrirla internamente en lo más oculto del corazón de la humanidad: Dios sale al encuentro de la humanidad, se le hace el encontradizo en su historia y, en esa historia la Gracia ofrece la fuerza de su fecundidad a todo el género humano.

Según el autor, la Gracia tiene un antes, un ahora y un después, es el proyecto de vida que Dios quiere que vivamos, y ese proyecto siempre se cumple en la persona, para unos constituye un antes y para otros un después.

La Gracia de Dios nos propone vivir desde ese proyecto, que el Hijo del Padre cumplió y aprendió hacer la voluntad de su Padre, consiste entonces de que el género humano pueda vivir desde el hacer y buscar en todo la voluntad de Dios. “Porque era Hijo, aprendió sufriendo a obedecer”, nos recuerda el autor de la carta a los Hebreos 5, 8.

En Mt 5, 1-12, en las bienaventuranzas del Sermón del monte, se presenta un estilo de vida como proyecto, el cual fue realizado plenamente por Jesús de Nazaret, donde la Gracia de

Dios llevó a Jesús a superar muchas resistencias. Conoció el sufrimiento, se alegró con los amigos, pudo hacer causa con los pecadores. Frente a ciertas características de las tradiciones judías de su tiempo, el discurso de las bienaventuranzas constituye un cambio de paradigma, que nos muestra cómo opera Dios. El teólogo latinoamericano Gustavo Gutiérrez, dice que Dios actúa desde el “reverso de la historia”. Todo esto nos permite reafirmar que con frecuencia el tema de la Gracia tiene mucho que ver con el “imaginario religioso” en el que nos movemos, o que promovemos o aceptamos; como la justificación de ciertas actitudes que el ser humano no está dispuesto a cambiar, modificar o rechazar. Es un problema de conversión. Con frecuencia esta convicción se hace patente en un lenguaje de diminutivos que más que piedad, muestran el infantilismo religioso en el que nos movemos, cuando en la conversación repetimos, no sin cierta complicidad, expresiones como: “A nosotros diosito nos ha bendecido”; “si no obedeces a Jesusito, dios te va a castigar”, se les dice a veces a los niños. “Mi virgencita no me desampara”. Expresiones cuya connotación cambia de acuerdo con el status social o económico de quien las pronuncia. Estas mismas personas levantan la voz como ejemplo de creyentes cuando se desenmascara su posición, o están dispuestos a relativizar todo, cuando siente que la desmitificación alcanza sus posiciones de privilegio.

La lectura atenta de las bienaventuranzas, tanto en la versión de Mateo como en la de Lucas, evangelios proyectados sobre comunidades primitivas con características distintas, nos muestra que el proyecto de Jesús no es susceptible de manipulación. Las bienaventuranzas son una invitación a seguir radicalmente a Cristo y desde su gracia construir su Reino, un Reino de amor, de misericordia, de lucha por la justicia, en construcción de la paz, buscando un mundo mejor. La Gracia nos lleva a salir de uno mismo, para luego comprometerse con los demás; nos lleva a sacrificar nuestra propia vida, como lo hizo Jesús, que abrazó el proyecto de amor del Padre, “que nos eligió antes de la creación del mundo” (Ef 1, 4) y nos llama a vivir dicha alteridad, como la Gracia de un amor recreado capaz de dar la vida por los demás, desgastada en los caminos de la historia.

Las páginas hasta ahora desarrolladas están impregnadas de referencias bíblicas, pues es la Palabra de Dios la que mejor nos acompaña en caracterizar lo que de forma balbuciente alcanza a decir la teología. En Cristo todo es Gracia, pero en los campos sociales, económicos, culturales, políticos, el proyecto de Jesús se diluye, y los signos de su Reino se desvanecen. No

existe sistema político o económico que pueda compararse con el proyecto del Reino de Dios. Los cristianos luchamos por cambios sociales, políticos, económicos, culturales, humanos, porque en todas estas realidades, cada aporte a la dignidad de todo ser humano, tanto en su calidad de vida como en su espíritu creyente, es semilla de la fuerza de la gracia que no se rinde ante los reveses que constantemente se levantan contra el Reino de Dios.

En este camino, Jesús nos ofrece también algunas claves: “Yo los envío como ovejas en medio de lobos. Sean, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10, 16; 11, 25-30), pues Jesús bien sabe que el Reino se manifiesta en los pequeños.

Sin pretender exhaustividad, quisiéramos volver sobre algunas páginas bíblicas para fortalecer la raíz del sentido de la gracia, que nos permita afianzar la propuesta que desarrollamos.

7. La gracia en el Antiguo Testamento

Se relaciona con vocación, llamada, alianza, con el caminar limpios en la presencia del Señor. Significa vocación a reconocernos como hijos de Dios con todas sus consecuencias; expresa la amistad-compasión de Dios en favor de la humanidad, es hallar la mirada llena de ternura de este Dios que no rompe la alianza de amor con su pueblo elegido (Gen 6,8; 18,3; 19,19; Ex 33,12; 3,21).

Es la realidad del ayer, cuando Dios, que escucha el clamor de su pueblo ante las injusticias, lo libera y lo salva y, hoy, ante todas las opresiones de la historia, es el mismo pueblo necesitado de liberación; es la persona misma que necesita ser liberada.

Dios está siempre atento a la escucha del pueblo, de sus lamentos y gritos de auxilio: Yahvé sufre y padece con ellos, les acompaña, para darles en heredad un maravilloso don, “la tierra de Canaán” (Ex 6,6; 13,21). Israel sabe que sin la Gracia de este Dios liberador, nada puede hacer por su propia fuerza.

La Gracia es la fortaleza de Dios, su Espíritu que impulsa al pueblo a través de la historia a recobrar su libertad y no ser posesión, propiedad, de nadie, pues cada uno encuentra su identidad con Yahvé su Dios en el camino de la historia (Sal 20, 8; Ex 7,9; 30,15).

Nadie ha de vanagloriarse, pues sin la Gracia de Dios, nada somos, todo es don. Toda virtud, todo carisma viene de Él y a Él debe volver, la Gracia de Dios está siempre en el pueblo elegido y solo en Él deben de confiar.

Es don inmerecido pues Dios no abandona al hombre a pesar de sus muchas caídas e infidelidades. Dios dará un íntimo conocimiento de su ser y siempre nos ha de purificar. Es la gracia de Dios que se mantiene fiel a pesar de nuestras infidelidades (Gen 2,5).

8. La gracia en el Nuevo Testamento

Al recorrer las páginas del Nuevo Testamento, caemos inmediatamente en la cuenta que la Gracia es el Signo salvador de Dios, pues Dios es quien toma la iniciativa en la obra de redención hacia la humanidad, no es la humanidad quien decide ser salvada, sino que somos salvados por Dios.

La Gracia es salud para nuestros sentidos y cambia toda ley por la única razón que Dios es justo y obra la equidad. Todos somos salvados desde el Hijo; porque la justicia de Dios es diferente a la nuestra, la Gracia es la promesa de fidelidad de Dios, por eso desde antes de los tiempos hemos sido redimidos (2 Tim 1,9; Rom 4,16). La intención de Dios ha sido regalar su Gracia que corresponde a su cercanía en Jesucristo, fuente de toda Gracia (Gal 5,4). Si falta la Gracia tendemos al pecado, pero por la promesa recibida sobreabunda la Gracia que es Cristo (Tito 2,11); “cuanto más se multiplicó el pecado, más abundó la Gracia”, nos dice san Pablo (Rom 5, 20).

El pleno sentido de la Gracia se entiende abriéndonos a ella, disponiéndonos para que ella tome el ritmo en nuestra vida actuando desde la gratuidad y alegrándonos con los demás de poseerla, siendo de verdad discípulos del Señor. Pablo se alegró al ver que muchos gentiles se convirtieron: “Doy gracias a Dios continuamente por ustedes pues les ha concedido su Gracia mediante Cristo Jesús, en quien han sido enriquecidos abundantemente con toda palabra y con todo conocimiento” (1Cor 1,4-7).

La Gracia es un obrar constante, un obrar en Dios. Pablo se vuelve ministro de los gentiles y anuncia al Cristo resucitado después, desde el seguimiento; se da cuenta de su debilidad, logra entender sus limitaciones, porque sabe que todo es Gracia y se deja llevar por

ella: “Te basta mi gracia, ya que la fuerza se pone de manifiesto en la debilidad” (2 Cor 12,9); se sabe en las manos de Dios, pues “por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí. Al contrario, he trabajado más que todos los demás; bueno, no yo, sino la Gracia de Dios conmigo” (1Cor 15,10).

Desde siempre y para siempre la promesa de la Gracia se reveló y se hizo eficaz en la acción redentora de Cristo, por Él y en Él está y sigue actuando en el mundo. Por la disposición de Dios, unas veces sobresale más y otras veces menos, lo que importa es que el amor de Dios opera siempre en la humanidad. Todo es Gracia.

En páginas anteriores se analizó la presencia de la Gracia en María; la revolución del lenguaje operada en el magisterio del Papa Francisco, nos ayuda una vez más a detenernos en este campo fecundo. Con ocasión de la festividad de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 2014, el Papa Francisco, durante la motivación del “Angelus”, hizo la siguiente reflexión:

“El mensaje de la fiesta de hoy de la Inmaculada Concepción de la Virgen María se puede resumir con estas palabras: todo es don gratuito de Dios, todo es gracia, todo es don de su amor por nosotros. El ángel Gabriel llamó a María «llena de gracia» (Lc 1, 28): en ella no había espacio para el pecado, porque Dios la predestinó desde siempre como madre de Jesús y la preservó de la culpa original. Y María correspondió a la gracia y se abandonó diciendo al ángel: «Hágase en mí según tu palabra» (v. 38). No dice: «Yo lo haré según tu palabra»: ¡no! Sino: «Hágase en mí...». Y el Verbo se hizo carne en su seno. También a nosotros se nos pide escuchar a Dios que nos habla y acoger su voluntad; según la lógica evangélica nada es más activo y fecundo que escuchar y acoger la Palabra del Señor, que viene del Evangelio, de la Biblia. El Señor nos habla siempre”.

Y sigue diciendo: “La actitud de María de Nazaret nos muestra que el ser está antes del hacer, y que es necesario dejar hacer a Dios para ser verdaderamente como Él nos quiere. Es Él quien hace en nosotros muchas maravillas. María fue receptiva, pero no pasiva. Como, a nivel físico, recibió el poder del Espíritu Santo para luego dar carne y sangre al Hijo de Dios que se formó en ella, así, a nivel espiritual, acogió la gracia y correspondió a la misma con la fe. Por ello san Agustín afirma que la Virgen «concibió primero en su corazón que en su seno» (Discursos, 215, 4). Concibió primero la fe y luego al Señor. Este misterio de la acogida de la

gracia, que en María, por un privilegio único, no contaba con el obstáculo del pecado, es una posibilidad para todos”.

9. La Gracia en la praxis de Jesús

Toda la acción de Jesús, tiene la marca de la paternidad de Dios, o de la filiación divina. Podemos seguir este proceso desde el capítulo 13 del evangelio de san Juan, como en un camino de auto-revelación singular. Es importante arrancar del texto del evangelio: “No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay lugar para todos; si no fuera así, ya lo habría dicho; ahora voy a prepararles ese lugar. Una vez que me haya ido y les haya preparado el lugar, regresaré y los llevaré conmigo, para que puedan estar donde voy a estar yo. Ustedes ya saben el camino para ir adonde yo voy. Tomás le dijo: -Pero, Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo vamos a saber el camino? Jesús le respondió: -Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar hasta el Padre, sino por mí. Si me conocieran, conocerían también a mi Padre. Desde ahora lo conocen, pues ya lo han visto. Entonces Felipe le dijo: -Señor, muéstranos al Padre; eso nos basta. Jesús le contestó: -Llevo tanto tiempo con ustedes, ¿y aún no me conoces, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre. ¿Cómo me pides que les muestre al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que les digo no son palabras mías. Es el Padre que vive en mí, el que está realizando su obra” (Jn 14, 1 - 10).

Aquí la Gracia se representa como un camino, Jesús es el único camino para llegar al Padre, con el que se siente en íntima relación personal. Jesús llama a la confianza a sus discípulos personificados en Tomás y Felipe. Como algunos autores manifiestan, Jesús es el “exégeta” del Padre (cf. Jn 1, 18), porque Él es el camino que conduce al Padre, la verdad que lo revela y la manifestación de la vida que no tendrá fin. La Gracia persigue a Jesús, le es connatural, está en su modo de ser, actuar y vivir. Es el estilo de praxis que nos aconseja seguir para la transformación de este mundo.

Hablar sobre la Gracia como praxis de Jesús, es ver cómo la Gracia actuó en Él, en pro de la liberación del pueblo oprimido, la misión de Jesús es notoria desde como Él se jugó la vida para restaurar a la humanidad (cf. Jn 13, 1); esta praxis la presentó desde algunos hechos concretos de su vida pública que se retoman ahora del evangelio de San Lucas.

La misión que Jesús comprende el evangelista, le da un fundamento antiguo, y se remonta al pasaje de Is 61, 1s, para narrar el momento en el que Jesús entra en la sinagoga de Nazaret, lugar de culto, (Lc 4, 18-19). Anuncia el año de gracia del Señor, que hoy se actualiza por medio de la alegría del Evangelio, como expresión de la misericordia de Dios, siendo la invitación fundamental del Papa Francisco con la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, para reformar la Iglesia desde dentro. El hecho mismo de que la Iglesia entera reciba esta propuesta, significa aceptar la Exhortación como un don de Gracia para el bien de la Iglesia que trasciende al mundo entero.

La vida pública de Jesús se centra en los pobres, los desposeídos, su cercanía se hace visible también con los paganos. En el evangelio de Lucas, aparece un hecho llamativo: hasta los demonios le conocen y no quieren nada con su persona. Luego, cura la suegra de Pedro y ésta se pone a su servicio. Vemos cómo la Gracia irrumpe en esta mujer y saliendo de sí misma, está pronta y disponible para atender a Jesús, Él le revela el plan de salvación que Dios tiene para ella. Esta salvación será benéfica para los que saben acogerla con fe (Lc 1, 31-38).

Jesús anuncia el Reino de Dios, sus mensajes van llenos de esperanza, y cargados de alegría. El Reino de Dios es el porqué de la vida de Jesús, es el proyecto de salvación que ofrece a la humanidad como don del Padre, es la misericordia de Dios ofreciéndose a todos los hombres y mujeres que quieran recibirlo (Lc 4, 43-44).

La persona de Jesús atrae, no rechaza a nadie. En este hecho Lucas toma en cuenta cómo un leproso se le acerca, suplicándole que le sane, que le limpie la lepra; era un hombre excluido de la sociedad, Jesús lo sana. La súplica del leproso va cargada de mucha fe, una fe sencilla pero auténtica, le pide permiso a Jesús para que realice el milagro (Lc 5, 12-159).

La súplica del leproso es una oración de auxilio y a la vez de abandono, el sí “quieres”, manifiesta la total confianza a la voluntad de Dios en la, persona de su hijo, es así como la Gracia sanadora sale al encuentro del leproso siendo sanado por Jesús. Hay una fuerza que sale de Él, habla con autoridad, no duda de la Gracia que le habita.

Luego aparece una conmovedora escena, en presencia de los fariseos y maestros de la ley: un paralítico que es llevado por unos hombres en una camilla y haciendo todo lo posible, lo ponen delante de Jesús; al ver tal cuadro y la fe tan grande de aquellos hombres, Jesús toma la

iniciativa de perdonar sus pecados, es la imagen perfecta de la iniciativa siempre presente de Dios; podemos ver que la causa de muchas enfermedades radica desde el no estar reconciliados y sobre todo que en los enfermos eran vistos como pecadores. Jesús perdona al paralítico, sin importar los prejuicios de los que estaban presentes, fariseos y maestros de la ley, y al final el evangelista Lucas pone de manifiesto no solo el perdón de los pecados del hombre, sino que le sana de su parálisis ordenándole que tome su camilla y se vaya a su casa (Lc 5, 17-24).

Es el amor benevolente de Dios Padre que sale al encuentro del muchacho y lo incorpora, a la comunidad de Jesús, devolviéndole la dignidad de ser hijo. La Gracia sanadora en Cristo nos hace participar de su filiación divina. Nos lleva al Reino de Dios y se implica en la transformación de la sociedad y del mundo que no pone en primer plano a la persona como imagen del Creador.

La Gracia actuante de Jesús fue permisiva en el actuar de su vida. Sana la mano de otro paralítico especificando que no todo su cuerpo está paralizado, sino uno de sus miembros, la “mano”. Jesús anuncia el Reino en personas que viven desesperanzadas, en una sociedad que no los tomaba en cuenta, es por eso que su actuar lo llevó a traspasar normativas de muerte para dar vida, y así se echó de enemigos a los jefes de Israel y de los sabios, pues da prioridad a la vida más que cualquier ley (Lc 6, 6-10)

La totalidad de la Gracia no excluye a nadie y Jesús actúa en la vida de aquellas personas que le dejan entrar. El evangelio de Lucas, nos sigue mostrando a Jesús en este camino de liberación salvadora; tenemos a dos personas “criado” y “centurión”, de ambos se desconoce su nombre, el criado es sanado y Jesús pone de ejemplo al centurión al escuchar que él mismo le confirma que desde lo que él diga, donde se encuentre, puede sanar a su criado, basta que de los labios de Jesús salga la sanación. Luego, tenemos la resurrección del hijo de una viuda que lo llevan a enterrar (Lc 7, 1-17).

Le siguen muchos, están maravillados, Juan el Bautista envía a uno de sus discípulos a preguntarle a Jesús, si él es el Mesías o hay que seguir esperando y enviando la respuesta a Juan dice: “los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio” (Lc 7, 22).

La fama de Jesús ha crecido, la alegría se manifiesta en el corazón de la persona misma y aparece la escena de una mujer que por su mucha fe se arriesga a tocar a Jesús. Es sorprendente cómo una mujer en aquella cultura patriarcal en la que vivía, se toma el atrevimiento de robar la Gracia de sanación que estaba necesitando, y tocando a Jesús queda sana de su flujo de sangre, que por doce años la apartaba drásticamente de la sociedad por el hecho de ser considerada impura. En este mismo contexto Jesús resucita a la hija de Jairo que tenía doce años (Lc 8, 40-55).

En esta sección Lucas concluye que el Reino de Dios debe continuar su camino, ya está presente entre nosotros, pero se debe seguir construyendo, ya que aún hay ciegos que necesitan ver y abrirse al misterio de Dios, aún hay sordos que necesitan oír, parálíticos que necesitan ser incorporados en la sociedad y ser personas con dignidad, aún hay leproso que esperan que otros les limpien, la Gracia se manifiesta en rostros concretos, la misericordia se revela en las diferentes condiciones que la persona humana se encuentra atrapada.

La Gracia que irrumpe la vida de los demás conlleva el misterio del Espíritu Santo que nos invita a seguir Cristo y en su compañía nos llama a construir el Reino, un reino de amor, un reino donde todos seamos iguales, un reino de paz, un reino de concordia, un reino en fraternidad, un reino desde el amor, pero todo ello implica un renunciar a nuestra propia vida, a nuestros propios fines, para vivir como Cristo vivió y desde su ejemplo obrar en la vida de los demás. En esto consiste estar prestos a ayudar a nuestro prójimo sin importar el día ni la hora, para hacer el bien.

Lucas nos presenta muchos episodios de sanación donde a Jesús no le importa el día, cura en sábado a una mujer encorvada a causa de un espíritu malo (Lc 13, 10-13), luego cura un hombre de hidropesía (Lc 14, 1-6). Hay variedad de sanaciones, la sanación de diez leproso, de los cuales solo uno regresó alabando y dando gloria a Dios y ante tal escena Jesús se hace la pregunta ¿acaso no eran diez, dónde están los otros? (Lc 17, 11-19).

El leproso que regresó se incorpora no solo en la sociedad, sino que se libera de la ley y regresa agradecido, correspondió a la gratuidad de Dios, la Gracia no consiste en integrarse a una sociedad, sino en vivir desde la Gracia de Dios, dejando todo aquello que nos esclaviza que e incluso nos enferma.

Lucas pone como ejemplo al leproso agradecido ya que era samaritano y los judíos no se relacionaban con ellos por ser impuros, es por eso que pone de relieve el agradecimiento del extranjero que se abre al don de salvación (17. 11-19).

Capítulo II

La Gracia en la humanidad

Dios infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre (CEC, 1).

El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios (CEC, 27). Por la divina revelación quiso Dios comunicarse a los hombres, a fin de hacerle partícipe de los bienes divinos (DV, 6).

Dios creó al hombre a su imagen y lo estableció en su amistad. Criatura espiritual, el hombre no puede vivir esta amistad más que en la forma libre de sumisión a Dios (CEC, 396), (Gen 1, 27). Por lo tanto, el hombre ocupa un lugar único en la creación: está hecho a imagen de Dios en su propia naturaleza une el mundo espiritual y el mundo material (CEC, 355). De todas las criaturas visibles solo el hombre es capaz de conocer y amar a su creador (CEC, 356).

Karl-Menke, (2006, 15), en su libro Teología de la Gracia, narra el gesto de amor de Dios con las personas, que desde la concepción ya han sido agraciadas en todo por Él, asemejándonos a Cristo mediante su Espíritu. Menke, expresa que el término “gracia no designa primeramente un afecto en el hombre (*gratia creata*), sino la auto comunicación de Dios (*gratia increata*) se identifica con Jesucristo, el cual por medio del Espíritu Santo, se puede servir de cada criatura y de cada acontecimiento histórico para llegar hasta cada ser humano en el espacio y en el tiempo (*gratia externa*)”.

1. La Gracia y el pecado

“Donde abundó el pecado, sobreabundó la Gracia” (Rom 5, 20; CEC, 420). Nos liberó de la esclavitud del pecado (DV, 22). Para desarrollar este contenido es preciso que quede claro sobre lo que se entiende por pecado.

González Faus. J, (1987 229-236), define el pecado como la frustración de la misma persona, que a la vez Dios mismo se siente frustrado ante el pecado. Para el autor el pecado es todo acomodamiento que no deja al ser humano plantearse una meta, viviendo una vida sin

ningún proyecto de vida, sin aspirar al futuro, es todo el mal consentido que le habita desde su naturaleza, es todo aquello que no nos lleva a Dios, nos aleja de Él. El pecado, es todo que nos aparta del camino del bien, es no amar.

Es fallar al proyecto que Dios tiene para cada persona, es fallar a todos, es destruir su propia vida y la vida de los demás. El pecado seduce a la persona y es ir tras caminos errados, es caminar en tinieblas, es derrochar todos los dones recibidos a favor del mal.

El pecado tiende a seducir el corazón de la persona, le ciega y le hace caer, el autor pone de ejemplo el asesinato de Urías a manos del rey David. Todo inicia porque se deja seducir por la belleza de la mujer de Urías. El pecado entra por sus ojos hasta llegar a desearla y se acuesta con ella.

El pecado adormece el corazón de David y no se da cuenta que por su acto ha faltado grandemente al Dios de la alianza, y se ha desviado del proyecto que Dios quiere para él, se desvió de la voluntad de Dios.

Según el autor el pecado, solo puede entenderse en el contexto de la fe, es cierto que el pecado nos aleja de Dios dejamos de creer y confiar en Él. Lo fundamenta desde Adán y Eva, al comer el fruto prohibido (Gen 3); hay una ruptura en la filiación de Dios con la persona. Los dos, el hombre y la mujer, estaban con vergüenza, reconocían que habían faltado y ofendido a Dios. Se evoca aquí una imagen concreta de la vida diaria, donde había criaturas que andaban desnudas sin percibirlo y sin vergüenza de su desnudez.

Según Ladaria. L, (1993, pp. 129-135), si por Cristo hemos sido justificados del pecado, es una dimensión importante y fundamental de la Gracia que desde siempre está a favor de la humanidad, y de ello se muestra la iniciativa divina, por tanto el primado absoluto de la Gracia en este consentimiento, es el amor de Dios que se ha manifestado en su Hijo y por Él hemos sido justificados en el primer momento de nuestra existencia.

Pablo, es el autor neo testamentario que más habla de la justicia de Dios, es heredero de esta tradición. La fidelidad de Dios se ha manifestado en Jesús. La justicia de Dios es el poder salvador que se opone y vence al pecado y así hemos sido reconciliados con Dios, hemos pasado de ser enemigos a ser amigos suyos (cf., 1Cor 5,21; Rom 5, 10). Dios es justo y fiel, perdona y no castiga, este don se logra mediante la fe en Cristo Jesús.

La Gracia no solo es para ejecutar lo que conocemos, no se nos da solo para hacer con más facilidad lo que sin ella se pudiera aparentemente llevar a cabo, sino que opera y es necesaria para hacer la voluntad divina. Mediante el hombre que se configura con Cristo, la Gracia está presente y solo en ella se cumple el designio de Dios sobre él. La identidad de Jesús se manifiesta sobre todo en la filiación divina, en su relación única e irrepetible con el Padre.

Comblin, (1985, pp. 257-259), en su libro *Antropología Cristiana*, refiere la Gracia de Dios “como regalo para la humanidad, tomando en cuenta nuestra condición de pecado, aceptando así nuestra naturaleza”. Comblin, “muestra la gracia como la participación del hombre en la naturaleza divina de Dios, que es prototipo mediante Jesucristo para que Dios se hiciese humano en nuestra humanidad y participáramos de su naturaleza divina”.

La acción de Dios se expresa mediante la acción del hombre. La acción de Dios, su Gracia, no destruye, ni suprime, ni disminuye, ni reemplaza nada de la acción humana. Vuelve al ser humano más espontáneo, más autónomo, más libre. El Padre actúa por medio del Espíritu Santo y según Él modo del Espíritu. El Espíritu penetra en el ser humano y le acompaña, le confiere energía y dinamismo, lo restablece en sus capacidades. Incluso su acción acompaña de tal modo el desarrollo de la historia que la presencia de la Gracia no se puede situar puntualmente, pero tampoco se puede negar su presencia. No hay fenómenos que pueda decir: aquí está la pura Gracia de Dios. El Espíritu actúa en la continuidad del ser humano.

La Gracia mediante el Espíritu de Cristo es más fuerte que nuestra debilidad. Cristo Jesús nos justifica para que todo vuelva a Él, porque todo se mantiene en Él, y se ordena en Él. Solo su Gracia liberadora, nos aleja del pecado y nos ayuda a hacer la voluntad de Dios y encontrar nuestra condición de hijos e hijas creados a su imagen y semejanza. Nos invita a renacer mediante su Espíritu a un cambio de vida, como reconoce Nicodemo (Jn 3, 1-21) aceptarla o rechazarla está en las manos de toda la humanidad.

La Gracia es comunión fraterna en un mismo Espíritu y tenemos acceso al Padre Dios tanto los que antes estaban cerca como los que estaban lejos. Solo quien entiende la vida y la propia salvación como don, (esto es lo que en la medida máxima acontece en quien se sabe agraciado por Dios) puede a su vez entregarse enteramente al otro en el amor y quien ama verdaderamente, al hermano ama a Dios, porque quiere amar al amor.

Lorda (2005, pp. 46,78), en su libro *La gracia de Dios*, define la Gracia como la fuerza del Espíritu de Dios que irrumpe en el ser humano, para que en él encuentre su plenitud y pueda realizarse en esta vida. Según Lorda, “la gracia es la santificación o transformación del alma misma, basado en la opinión de Santo Tomás de Aquino, la Gracia no se puede imaginar como un estrato superpuesto, por encima de lo natural. La Gracia transforma a la humanidad conducida por el Espíritu Santo. El hombre puede lo que antes no podía, pero sin perder nada de lo que tenía, al contrario, usa lo que tiene, su inteligencia, la voluntad, la sensibilidad. De ahí el dicho la Gracia no destruye la naturaleza, sino que lo vincula a Dios mismo”.

El hombre cree en Dios con su inteligencia y lo ama con su voluntad. Y la inteligencia ha recibido la luz de la fe, y la voluntad el impulso de la caridad y el horizonte de la esperanza. Son el dinamismo de la nueva condición.

2. La Gracia y su dimensión desde el perdón

La Gracia en su dimensión desde el perdón es el amor misericordioso de Dios que perdona a la creatura, reivindicándole en su condición de hijo devolviéndole la dignidad como persona creada a imagen y semejanza de Él. Es el perdón de todas las faltas que Dios olvida gracias a su infinita misericordia, es el Espíritu de Dios que nos sana, para entrar en armonía con su Gracia reconciliándonos con nosotros mismos y con los demás, es también un proceso de sanación.

El perdón es una Gracia de parte de Dios y es una Gracia el poder experimentar su perdón, ante el perdón recibido Dios Padre nos toma como instrumentos para ser portadores de este perdón hacia los demás y nos compromete a perdonar a los demás como Él nos perdona. Con la Gracia del perdón ayudamos a romper todo aquello que por nuestros pecados nos oprimen.

Grün - Ruppert, (2002, pp. 59-81), en su libro *Cristo en el hermano*, nos hace la invitación de abrírnos al perdón de Dios desde el ejemplo de Cristo mismo, que estando en el suplicio de la cruz pidió perdón a su Padre Dios por nuestros pecados, antes de abandonarse en manos del Padre, a la vez demuestra cuánto amor tiene hacia la humanidad, hacia sus enemigos (Lc 23,43).

Según el autor, la Gracia del perdón consiste en que nos descubramos como personas heridas, que han sido provocadas a través de nuestra historia de vida, por otras personas que también han sido heridas, vemos que la Gracia de Dios consiste en perdonarnos y con su Gracia perdonar a quienes nos han ofendido.

La Gracia es la fuerza que nos sana, para luego abrazar en el perdón a los demás, ya que Dios no toma en cuenta nuestra historia de pecado, sino que nos mira con amor olvidando nuestras ofensas en Cristo Jesús, que nos abraza en su corazón, para luego abrazarnos unos con otros descubriendo así a Cristo en el hermano, pues solo la Gracia del perdón dada como don puede reconciliarnos y vivir en armonía con todo lo creado.

El perdón consiste en perseverar en el amor ya que es un acto heroico que siempre va en busca de reparar cualquier daño causado en la persona, es la fuerza del Espíritu Santo que nos da su Gracia para vivir desde el perdón ya que nuestros contrarios siempre estarán, pero la diferencia es que siempre habrá en nuestros labios el gesto de poder perdonar. De esa manera ya no tendrán poder para lastimarnos, ya que por iniciativa de Dios nos hemos dejado abrazar por su amor reconciliándonos con nosotros mismos y con la Gracia del perdón nuestros corazones han sido sanados, transformados en el verdadero amor de Cristo que es el fundamento de la Gracia en la humanidad.

Desde la Gracia del perdón en Cristo Jesús somos llamados a perdonar hasta “setenta veces siete” ante la pregunta de uno de sus discípulos sobre cuántas veces se debe perdonar (Mt 18, 21-22). El perdón es Gracia para todos, no excluye a nadie, es una experiencia profunda con la misericordia de Dios, es don gratuito que nos permite aceptarnos tal como somos y desde esa experiencia podamos abrazar a los demás tal como son, sin importar lo que puedan ser.

Ante la respuesta de Jesús en el número de veces que debemos perdonar simboliza la Gracia que está siempre al encuentro del pecador y perdona siempre, es un misterio ante la infinita misericordia de Dios ya que como humanos estamos siempre limitados al perdón, Dios nos abre a su Gracia para que desde Él perdonemos y vivamos en una comunidad de auténticos cristianos siempre prontos a perdonar cualquier ofensa que nos hagan.

La Gracia sostiene a la humanidad en sus muchas debilidades y a la vez redime a aquel que siendo habitado por la Gracia se vio sumergido en el pecado. El Papa Francisco con ocasión

de la cuaresma, el 8 de marzo de 2013, “recordó que las puertas de la Iglesia permanecen abiertas, para que quienes son tocados por la Gracia, puedan encontrar la certeza de su perdón”.

El mismo día, el Papa Francisco consideró que es necesario buscar el sacramento de la reconciliación dando la seguridad de que permite acercarnos con confianza al Padre por tener la certeza de su perdón. Él es verdaderamente “rico de misericordia” y la extiende con abundancia sobre aquellos que recurren a Él con corazón sincero”. Según el Papa, el perdón lo encontraremos a través de este sacramento. Seremos “tocados con ternura de su mano y plasmados de su Gracia que nos permite, por lo tanto, acercarnos al sacerdote sin miedo por nuestras culpas, sino con la certeza de ser recibidos en el nombre de Dios, y comprendidos a pesar de nuestras miserias. Y también, dirigirnos sin un abogado defensor: tenemos sólo uno, que ha dado la vida por nuestros pecados. Es Él que, con el Padre, nos defiende siempre. Al salir del confesionario, sentiremos su fuerza que restaura la vida y devuelve el entusiasmo de la fe. Después de la confesión seremos renacidos”.

Jesús pone de manifiesto la Gracia del perdón en la mujer adúltera. “Los escribas y fariseos le llevaban una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en fragante adulterio. Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?, esto lo decían para tentarle, para tener de que acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “Aquel de vosotros que este sin pecado, que le arroje la primera piedra”. E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús le dijo: Mujer, ¿Dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Nadie Señor”. Jesús le dijo tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más” (Jn 8, 3-11)

Capítulo III

La Gracia en la praxis de la Iglesia

La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser "sacramento universal de la salvación", obedeciendo el mandato de su Fundador (Mc 16,15), por exigencias íntimas de su misma catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres. Porque los Apóstoles mismos, en quienes está fundada la Iglesia, siguiendo las huellas de Cristo, "predicaron la palabra de la verdad y engendraron las Iglesias". Obligación de sus sucesores es dar perpetuidad a esta obra para que "la palabra de Dios sea difundida y glorificada" (2 Tes, 3,1), y se anuncie y establezca el reino de Dios en toda la tierra (AG, n. 1).

Por otra parte, por esta gracia recibida de Dios, como sacramento de comunión y salvación universal en la fraternidad y justicia con los pobres, la iglesia tiene como misión vivir (comunión) y celebrar (liturgia), anunciar (profecía) y servir (diakonía) para realizar en la historia el Evangelio, el anuncio de la Buena Noticia del Reino de Dios con su amor y justicia con los pobres.

1. Qué entiende la Iglesia por Gracia

La Gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el bautismo el cristiano participa de la Gracia de Cristo, cabeza de su cuerpo. Por lo tanto, la Gracia es un don del espíritu que nos justifica y nos santifica, la misma sobrepasa todo entendimiento humano y solo la podemos entender y acoger por la fe (CEC, 1997).

La Gracia es ante todo y principalmente, el don del Espíritu que nos justifica y nos santifica. Pero la Gracia comprende también los dones que el espíritu Santo nos concede para asociarnos a su obra, para hacernos capaces de colaborar en la salvación de los otros y el crecimiento del cuerpo de Cristo que es la Iglesia (CEC, 2003).

2. Cómo transmite el misterio de la Gracia

“La Iglesia trasmite el misterio de la Gracia a través de las celebraciones «la celebración de la misa es el centro de toda la vida cristiana. Toda nuestra vida de fe tiende hacia la liturgia: obra de Cristo Sacerdote y de su cuerpo, la Iglesia, que vive y celebra la presencia de Jesús resucitado. Es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia no es igualada por ninguna otra acción eclesial. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Cristo, es decir, la cabeza y sus miembros, ejercen el culto público íntegro” (SC 5-7).

El pueblo de Dios manifiesta la gracia a través de las celebraciones eucarísticas que es el centro y cumbre de la liturgia. En la eucaristía celebramos constantemente la nueva alianza mediante la muerte y resurrección de Cristo. La Gracia de Cristo resucitado nos vivifica y nos asocia al misterio de la cruz.

La Gracia refleja en la humanidad la muerte y la resurrección, ya que por la Gracia se muere al pecado, para entrar en la gloria de la resurrección a través de Jesucristo, es así que la alianza se actualiza en la redención del pueblo, para luego reincorporarlo a la vida, vivida desde la fidelidad: “esta copa es la nueva Alianza es mi sangre, que es derramada por vosotros” (Lc 22,20).

3. Eficacia y gracia

En este apartado se hablará de la preocupación entre la confrontación de la Gracia con las realidades del mundo socio-económico actual. Es la dimensión contraria de la Gracia, que se resiste a aceptar cualquier imagen de Dios o cualquier sugerencia rastrera de la Gracia.

La globalización que se expresa en la economía como su dimensión más amplia, la que preocupa a emporios internacionales y a los países del mundo, habla de la resolución de los problemas de la humanidad a partir de la economía neoliberal; en el que el mercado adquiere los rostros del mundo de lo “sagrado”, que debe ser respetado en todas sus reglas para que la humanidad pueda caminar. Dicta los criterios y las leyes. Este proceso se ha fraguado en un sistema avalado por los acuerdos establecidos hace más de dos décadas y entendidos por todos como el Consenso de Washington. Con este cuasi catecismo el mundo se adentró en el siglo

XXI, repitiendo los errores cometidos en siglos pasados, sólo que ahora a escala planetaria que involucra a todos los países. El ser humano ha pasado de ser persona, con derechos y obligaciones, a ser un consumidor: vales cuanto consumes. Para consumir se debe aspirar a un poder adquisitivo, ya sea en dinero contante o en dinero plástico; el consumo lo acepta todo. Normalmente, lo que se consume no lleva el aval de lo necesario e indispensable, como se dice del agua, la sana alimentación, el vestido, la casa... Se consume cualquier cosa, aunque no sea ni necesaria ni indispensable para la vida. Aquí el proceso de oferta de bienes económicos o comodities, sobrepasan a la oferta que el ser humano puede abarcar; se crean innumerables necesidades, las cuales se promueve por medio de la publicidad, avalada por revistas de prestigio, donde los articulistas ofrecen los fundamentos científicos que avalan la bondad de los nuevos productos. En el campo de la medicina es una cadena sin fin en favor de las grandes farmacéuticas que puede llegar hasta el escándalo abierto y descarado. En los precios que cobran. Son ámbitos de mucho poder económico, por lo que solventan con relativa facilidad las demandas en contra.

Este es el mundo de la eficacia; la persona no vale por lo que es o puede llegar a ser; la persona ya no necesita superarse, por lo que el mundo del “éxito” es para un grupito de privilegiados. El mundo del trabajo de todo ser humano, está empezando a dejar de existir porque ya no se valora la dedicación entregada en el producto elaborado. Los productos destinados al consumo están diseñados para adquirir una existencia efímera separados del trabajo del ser humano; se presentan en los grandes supermercados con una incorporación de trabajo manual humano muy reducido; constituyen absolutamente productos, ya no son fruto del sudor y del trabajo del ser humano. La productividad económica se va separando del trabajo humano, con el fin de reducir sus costos al mínimo. El mundo tecnológico reemplaza la fuerza laboral. Este proceso tiene que ver con los mecanismos de la efectividad y el sistema con mayor capacidad de éxito logra salir adelante. La planificación de este proceso es casi total. La Gracia no existe. En el mundo de la productividad de los sistemas económicos, la trascendencia no existe. En el mercado neoliberal, como se le ha denominado en la enseñanza social de la Iglesia, la humanidad tampoco existe. Dios no tiene cabida en este sistema y no cuenta para nada en tales procesos.

Todo esto se traduce en muchos ámbitos de la existencia humana de la misma manera: en las relaciones amorosas, en las relaciones papás – hijos, en las relaciones tradicionales de los pueblos, en el mundo de las comunicaciones, de la alimentación, del vestido, la cultura... Todos estos ámbitos quedan a merced de los dictámenes de la ideología que defiende el pensamiento neoliberal del libre mercado. A este proceso no se le pueden interponer correctivos, desincentivan, frenan la libre competencia. El resultado es el éxito de los más sabios, poderosos, de los que mejor manejan las leyes, el poder, los engranajes de la industria militar, el mundo de los espectáculos, el cine, los medios de comunicación, las redes sociales.

No pocas veces las creencias, los ritos, las ceremonias, los cultos, lo sagrado, adquieren el disfraz de este sistema; se viven desde el espectáculo, desde lo frívolo, desde la banalidad de la persona humana, la desintegración de los colectivos sociales y comunitarios. Se logran organizar espectáculos religiosos deslumbrantes que transforman lo sagrado en un producto de mercado; se comercia con lo religioso a lo grande. Se desprecia la naturaleza, o se restringen aquellos ambientes únicos en la geografía del mundo que sólo disfrutaban los más solventes, los más aptos, los que logran la fama y viven en el mundo llamado de los exitosos. El mundo de la Gracia desapareció, no existe. Pero se puede fetichizar, y por medio de lo religioso se le puede decir a este pequeño mundo, que ellos son los “agraciados”, los bendecidos, por los que Dios vela. Y se presenta así en los espectáculos televisivos u otros medios de comunicación; el más exitoso aparece fetichizado como el más cercano a lo sagrado, a la divinidad. Y esta propaganda cala las conciencias de clases medias y clases pobres que tienen acceso a los medios de comunicación, indispensables para crear un sistema mundial, no a imagen de la creación de Dios, donde todo es gracia, sino a imagen del producto consumido, donde la persona se asimila al consumidor, donde todo es eficacia.

La pastoral de estos ámbitos es sumamente conflictiva, porque los medios de comunicación sofocan la capacidad crítica de la inteligencia personal, sobre todo en el mundo de la infancia y en las etapas de la juventud; este sistema no saca a nadie de pobre, pero sí los consuela con los fáciles sucedáneos que el libre mercado les ofrece como productos de consumo. No aceptan adecuadamente que los mayores cultivaban con paciencia y el trabajo de sus manos; todo es manufacturado. La enfermedad seguirá siendo un negocio para la salud y los productos médicos. Las soluciones para las grandes epidemias, como el SIDA, la malaria, la diversidad de

virus y nuevas enfermedades, tardan en llegar. El mundo de los humildes no conoce sus derechos. No reivindica; porque siendo consumidores pequeños o grandes en este sistema, todavía les invade un espacio de gracia, en ellos sí, real, bondadosa, pero que les impide acceder a una conciencia crítica.

El Papa Francisco ha planteado esta realidad de múltiples maneras, con sus mensajes, discursos y homilías; pero sobre todo con sus grandes documentos: 1) La Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (24 de noviembre de 2013), verdadero proyecto para la reforma de la Iglesia, con una incidencia directa en el tema que se ha desarrollado en el presente trabajo. 2) A esto se suma la Encíclica más atrevida sobre la realidad ecológica, que lleva por título *LAUDATO SI'*, sobre el cuidado de la casa común, promulgada en Roma, el 24 de mayo de 2015, festividad de Pentecostés. 3) A todo esto se añade la Exhortación Apostólica Postsinodal *AMORIS LÆTITIA*, del Papa Francisco sobre el amor en la familia, del 19 de marzo del año 2016. Todos estos documentos han sido divulgados en diferentes ediciones escritas y se puede acceder a ellos por distintas páginas de internet, sobre todo por la página del Vaticano.

La pregunta que prevalece: ¿Qué cambios sustanciales pueden lograr estos documentos para transformar la realidad en la que el mundo vive? ¿Se puede decir que tales reflexiones, sumamente equilibradas, sopesadas, con una intención humana y espiritual genuina, sí son gracia para el mundo de hoy? Al mismo tiempo, afectan el sistema que se contraponen, anteriormente descrito, por lo que no van a obtener el aplauso de los grandes sistemas empresariales mundiales, como la Reunión anual de Davos, Suiza, las empresas transnacionales, los países poderosos, las industrias del armamento, los emporios del narcotráfico y el crimen organizado.

Una vez más es exigido regresar a Jesús, como recomienda encarecidamente el teólogo y biblista José Antonio Pagola, y tener fe en que lo sencillo tiene futuro, como la semilla frágil y humilde sembrada en tierra; Jesús mismo la califica “la más pequeña” (cf., Mt 13,31-32; Mc 4,31; Lc 1318-19). Se puede hacer el eco de la narración, posiblemente más antigua, la del evangelio de Marcos:

“¿Con qué compararemos el reino de Dios o con qué parábola lo expondremos? Sucede con él lo que con un grano de mostaza. Cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas. Pero, una vez sembrada, crece, se hace la mayor de todas las hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar a su sombra (4, 30-32).

Es un pasaje absolutamente banal para el sistema anteriormente puesto en evidencia, como totalmente contrario al sentido de la gracia; pero encarna una belleza capaz de transformar el mundo. La dinámica del Reino de Dios es otra. Encarna la gracia depositada en toda su creación. Aparentemente, la parábola es contradictoria, porque Jesús compara el Reino de Dios con ese misterioso crecimiento de la semilla, que se produce sin la intervención del sembrador, algo que pudiera dar la sensación de favorecer esa contracultura del sistema que se critica fundado en el rendimiento, la productividad y la eficacia. Pagola indica: “De hecho, la «lógica de la eficacia» está llevando al hombre contemporáneo a una existencia tensa y agobiada, a un deterioro creciente de sus relaciones con el mundo y las personas, a un vaciamiento interior y a ese «síndrome de inmanencia» donde Dios desaparece poco a poco del horizonte de la persona... Para ser humana, la persona necesita aprender a estar en la vida no solo desde una actitud productiva, sino también contemplativa. La vida adquiere una dimensión nueva y más profunda cuando acertamos a vivir la experiencia del amor gratuito, creativo y dinamizador de Dios... Necesitamos aprender a vivir más atentos a todo lo que hay de regalo en la existencia; despertar en nuestro interior el agradecimiento y la alabanza; liberarnos de la pesada «lógica de la eficacia» y abrir en nuestras vida espacios para lo gratuito... Saborea la vida como Gracia el que se deja querer, el que se deja sorprender por lo bueno de cada día, el que se deja agraciar y bendecir por Dios” (PAGOLA, José Antonio, EL CAMINO ABIERTO POR JESÚS. Vol. 2: MARCOS. Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao 2011, p. 88).

Es una cita larga, pero es elocuente, para ayudar a comprender los espacios en los que se mueve la Gracia. Aplicando todo esto a la realidad de la construcción de la vida eclesial como comunidad de comunidades, se aprecia cómo el sistema fragmenta directa o indirectamente los espacios que realmente cohesionan de sentido la vida comunitaria, con fuertes dosis de individualismo y narcisismo. El individualismo posesivo, del que se habla en ciencias sociales, mata la vida comunitaria, la identidad de los pueblos. Es el cáncer de la gracia. El autor citado, siempre sobre el mismo tema, afirma: “Detrás de todos los datos y sondeos parece apuntar una realidad aterradora. El ser humano está perdiendo capacidad de sentir y de expresar amor. No acierta a sentir solicitud, cuidado y responsabilidad por otros seres humanos que no caigan dentro de sus intereses. Vive «ensimismado» en sus cosas, en una actitud narcisista que ya Sigmund Freud consideró como un estado inferior en el desarrollo de la persona” (PAGOLA, íbid., 94).

Son expresiones muy fuertes y severas. El Papa Francisco no deja de sorprendernos con ese lenguaje que expresa cercanía inmediata con el interlocutor, hasta es capaz de recrear la lengua castellana con increíble creatividad; en este sentido y ante otro texto bíblico, llega a afirmar en una de sus homilías de la mañana, que puede arrojar luz sobre lo anteriormente expresado, cuando reconoce:

“... La gratuidad. Obliga a ese corazón, a esa alma a creer que hay gratuidad en Dios, que el don de Dios es gratis, que la salvación no se compra: es un gran regalo, que el amor de Dios... ¡es el regalo más grande! Esta es la gratuidad. Y nosotros tenemos un poco de miedo y por esto pensamos que la santidad se hace con nuestras cosas, y a la larga nos convertimos en un poco pelagianos ¡eh! La santidad, la salvación es gratis” (cf., 4 de noviembre de 2014: <http://es.aleteia.org/2014/11/04/papa-francisco-dios-da-con-tanta-gratuidad-que-hasta-le-tenemos-miedo/>)

El texto bíblico aludido nos indica que la Gracia está íntimamente relacionada con el Reino de Dios; este Reino rompe nuestros esquemas, es don y no depende sólo de nuestros planes, trabajos y el esfuerzo humano; menos de las especulaciones de ese mundo del empresariado mundial que todo se mide por la eficacia. En la parábola examinada de Marcos, queda en evidencia que Dios valora las cosas pequeñas. Lo que Jesús muestra es que el Reino de Dios es su proyecto de vida, pero que puede pasar tan desapercibido como la semilla más pequeña. Por ello, en el gesto humano, cargado del verdadero sentido de la justicia y amor, brota el don y el gesto de la riqueza del Reino. En esta parábola, Jesús se torna en un verdadero pedagogo, que enseña el precio de la gracia, signada por el gesto del silencio y la escucha, alejada de la impaciencia y la efectividad del que pretende resultados pronto, inmediatos y tangibles. La Gracia se expresa en todo esto como contra sistema, como actitud profética, el espacio de escucha y paciencia que puede ofrecer confianza, fortaleza y sensibilidad para permanecer atentos y abiertos a la vida y la palabra de Jesús, Maestro y anunciador del proyecto del Reino de Dios.

Capítulo IV

La Gracia desde los sacramentos como dimensión pastoral

En este capítulo se expresa el misterio de la Gracia desde el efecto sacramental, a la vez que se pretende constatar que como Iglesia somos llamados a vivir desde los sacramentos, gracia que nos lleva a realizarnos como auténticos cristianos, llevando una vida de compromiso e invitados a construir el reino social de Cristo desde la coherencia evangélica y los valores del reino, así mismo rescatar la dimensión de la gracia desde los sacramentos en la pastoral dentro de la Iglesia ya que los sacramentos muchas veces son recibidos por tradición, o lo social pero no como se debe desde una fe solícita, se está perdiendo el sentido de lo que es y su dimensión trascendente de quien lo recibe.

1. La Gracia en el sacramento del Bautismo

La Iglesia celebra los sacramentos de iniciación cristiana los cuales son tres: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. En el Bautizo y Confirmación se fortalecen en el sacramento de la Eucaristía. En el sacramento del bautismo, encontramos la dimensión del perdón Gracia por el cual tiene la dinámica de borrar el pecado y desde el bautismo somos incorporados a la comunidad pueblo de Dios “nos identificamos con Cristo” (LG, 7).

La Gracia en el bautismo tiene la pedagogía de amistad, consiste que la Gracia entra en la intimidad de cada etapa de la vida del ser humano, ya sea en el niño de pocos meses, que es bautizado sin que Él comprenda sobre el bautizo, así mismo el joven o el adulto, la amistad de Dios actúa en cada uno desde el silencio del corazón de Dios, pues Dios quiere el bien de todos, su amor y amistad permanecen para siempre “somos nuevas creaturas” (2 Cor 5,17) “se borra el pecado original fortalece nuestras debilidades” (CEC, 1263; Fernández, 2003 p. 44).

A través del bautismo recibimos la Gracia del Espíritu Santo y formamos parte del Hijo mediante la unidad de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu. Con el bautismo somos llamados a ser herederos de la santificación divina, participando de ella desde la naturaleza divina por formar parte del amor incondicional de Dios Padre.

El Papa Francisco enseña en una audiencia que dentro de la celebración litúrgica se celebra el sacramento del Bautismo, teniendo como fundamento nuestra fe. Dentro de la catequesis manifiesta la importancia de recibir este sacramento ya que desde el Bautismo se inicia como verdaderos cristianos, el cual nos integra a la Iglesia siendo miembros activos, sujetos vivos en Cristo y en su Iglesia, a la vez el Bautismo nos encamina para recibir el sacramento de la Eucaristía, para luego recibir el sacramento de la confirmación. Todo bautizado es Iglesia, es “discípulo y misionero” llamado a proclamar “el Evangelio a todas las naciones (Evangelii Gaudium, n. 120).

La Gracia conferida en el sacramento del Bautismo hace que la persona participe vivamente de la sagrada liturgia, llevando una vida en santidad desde la “caridad” (LG, 10), desde el Espíritu de Dios que nos configura con Cristo y desde Cristo creemos en Dios Padre y nos llama a vivir desde la fe recibida en la Gracia, participando en la comunión de la Trinidad que es Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu. Esta comunión con el misterio trinitario nos llama a participar en la evangelización y a comprometernos con nuestros pueblos y a luchar junto a ellos por la justicia, es así que se llega a formar el único cuerpo de Cristo, que entregó su vida por la causa de los pobres, por un mundo más justo de iguales. Cada bautizado es miembro de la comunidad Cristina y como miembro es misionero, misionera e instrumento de concordia para con nuestros pueblos (Aparecida, n. 157-152).

El efecto de la Gracia en el bautismo se manifiesta desde la fe, una fe vivida desde el obrar, una fe que se manifiesta con nuestros actos, no una fe encerrada en las cuatro paredes del templo, una fe en salida, al encuentro de los muchos rostros de Cristo (LG, 11). (Decreto Sobre el Apostolado de los Seglares, n. 23).

El Papa rescata la importancia de despertar nuestras conciencias, y vivir desde la Gracia de nuestro Bautismo ya que este sacramento engendra frutos, y uno de esos frutos es la vida que sea gestado de “generación en generación”. La Gracia se trasmite y camina con el pueblo, a través de acontecimientos y del tiempo”. En esto consiste el vivir desde la fe fundamentada en Cristo, que es la fuente inagotable de Gracias.

El Papa hace una apreciación de este sacramento en la vida como cristianos, es tener presente que tenemos impregnados este sacramento en nuestros corazones llevándonos a vivir desde esta Gracia recibida, siempre puestos en camino y con deseos profundos de conversión,

con deseos de ser en Cristo sus seguidores y en su compañía anunciar el Evangelio a todas las naciones porque “el pueblo de Dios es un pueblo de discípulos” que por el Bautismo nos dona la Gracia y trasmite la fe. La fe cristiana nace y vive en la Iglesia, y en el Bautismo las familias y las parroquias celebran la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia” (Papa Francisco, Audiencia general 15 de enero de 2014).

2. La Gracia en el Sacramento de la Confirmación

El sello del Espíritu Santo, es el símbolo de ser persona dando autoridad al sujeto y le lleva a ser propiedad de Dios, desde la libertad. Este sello del Espíritu Santo da sentido de pertenencia a Cristo y desde esa pertenencia nos ponemos en camino a su servicio, teniendo como promesa su compañía, su protección y estar con nosotros todos los días de nuestra existencia (cf. Ap 7, 2, 3; 9, 4; Ez 9, 4-6; CEC, n. 1285-1296). El sacramento del Bautizo y Confirmación nos une a Cristo dándonos la fidelidad de mantenernos fuertes en la fe hacia él, desde sus dones y desde sus dones ser Iglesia (LG, n. 11).

El candidato por recibir el sacramento de la Confirmación debe estar en gracia, significa que debe acudir al sacramento de la reconciliación, ya que la vida desde los sacramentos es una vida que conlleva a la responsabilidad (CEC, 1309-1311). Dios nos confirma su Espíritu y nos comunica su gracia para ser en Cristo medios de salvación siendo auténticos cristianos (LG, n. 33), difundiendo la fe (LG, 36). “Esta es la razón por la cual los seguidores de Jesús deben dejarse guiar constantemente por el Espíritu” (Gal 5, 25; cf. Aparecida, n. 152)

Los primeros indicios de la vida cristiana, es a su vez una continuidad catequética que menciona el Papa Francisco, lleva el hilo conductor en su enseñanza catequética para luego adentrarse al Sacramento de la Confirmación. Según el Papa en el sacramento de la Confirmación confirmamos la Gracia de la fe recibida en el sacramento del Bautismo y recibimos la Gracia del Espíritu Santo y con ello sus dones “sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios” que nos llevan a vivir desde la autenticidad cristiana.

Nuevamente el Papa nos exhorta a vivir desde la Gracia del sacramento de la Confirmación, y nos invita a vivir desde los dones del Espíritu Santo, desde la confianza, pues

tenemos en nuestros corazones al Espíritu de Dios que clama e intercede por nosotros. (Papa Francisco, Audiencia general 29 de enero de 2014).

Jesús anunció a sus apóstoles: “Van a recibir una fuerza, la del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra” (Hech 1,8). En Pentecostés, el Espíritu Santo, enviado por Jesús Resucitado, derramó su luz y su fortaleza sobre los apóstoles reunidos con María, madre de Jesús y con los demás discípulos. A partir de este momento daban testimonio valiente de la resurrección de Jesucristo y bautizaban a los que se convertían y creían. Después de bautizarlos, mediante la imposición de manos sobre la cabeza, les comunicaban el don del Espíritu Santo, que ellos habían recibido, destinado a compartir la gracia del Bautismo (Hech 8. 15-17; 19.5ss).

3. La Gracia en el Sacramento de la Eucaristía

La Eucaristía es el “corazón de la vida cristiana” y sobre el efecto de fe que produce de quien la recibe, llevándole a hacer testimonio de comunión para con los demás. En la Eucaristía se fundamenta la entrega total de Cristo hacia la humanidad, el proyecto de Dios para con la humanidad es “salvar” y se manifiesta en la celebración Eucarística. Jesucristo se entrega esa noche, instituyendo su “cuerpo y su sangre”, dejando ese memorial a la Iglesia, el cual celebra el sacrificio de Jesucristo su muerte, a la vez celebra su gloriosa resurrección (El Sacrosanto Misterio de la Eucaristía, n. 47). La Eucaristía es el derroche de la Gracia que se desborda gratuitamente y nos lleva a celebrar este misterio de redención, participando de la liturgia de la palabra mediante la escucha, para luego participar del banquete del Señor (1Cor 11,20; CEC, 1222-1327). El banquete se celebra en comunión con el pueblo de Dios, no es una celebración personal privada, es el “banquete del Señor”, el “Santísimo Sacramento” (CEC, 1328-1330).

La Gracia en el sacramento de la Eucaristía se manifiesta en signos visibles, pan y vino “Tomó pan”, “Tomó el cáliz lleno de vino”. La Eucaristía es un misterio de fe, el pan y el vino se convierten en el cuerpo y sangre de Cristo (CEC, 1333-1334).

La vivencia de la Eucaristía se da con un corazón contrito en su riqueza nos renueva a ser creaturas nuevas y en su memorial nos llama a vivir desde el mandato del amor que es el centro de la vida como Iglesia (LG, n.11). Participar de su memorial es ser Iglesia y recordar “el sacrificio de Jesús” en la cruz que se renueva en el altar. “Cristo es nuestra pascua, fue inmolado, y se realiza la obra de redención hacia la humanidad (cf. LG, n. 3; CEC, n. 1364).

La vida de la Iglesia se renueva en la grandeza del sacramento de la Eucaristía poniendo de manifiesto la “caridad”, la Eucaristía fuente y culmen de la vida cristiana” nos lleva a sentir con nuestros pueblos y a no ser indiferente sino ser hostias vivas ser desde Cristo Eucaristía, para con los demás y salir al encuentro siendo signos solidarios comprometidos en los diversos medios con nuestras conciencias despiertas buscando soluciones ante las injusticias actuales referentes a los más pobres y olvidados de nuestros tiempos, es urgente el compromiso para que los pobres logren su desarrollo integral dentro de la sociedad. (Aparecida, n. 174-177).

Al entrar en la comunión Eucarística participamos de la filiación divina con Jesucristo, es dejar que Dios actúe para que brote el dinamismo de la Gracia y estar en comunión con el cuerpo místico de Cristo y con todos sus miembros. En la comunión Dios comunica su amor misericordioso hacia la humanidad, se consuma la Alianza, se da un desposorio de amor, hay mutua entrega. “Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y me abre, entrare en su casa y cenaremos juntos” (Ap 3,20).

Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de unidad", esto es pueblo santo, congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos. Por tanto, pertenecen a todo el Cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan, pero afectan a cada miembro de este Cuerpo de manera diferente, según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual» (SC 26; CEC, n. 1140). Quiere decir que el Señor por medio de su palabra nos anuncia la buena noticia, pero cada uno la va haciendo vida de manera distinta. Existimos desde Dios, pero el verdadero valor de nuestra existencia esta en el “pan y vino” (SC. 48).

La celebración Eucarística da inicio con el “yo confieso”. No debemos olvidar nunca que la Última Cena de Jesús tuvo lugar «en la noche en que iba a ser entregado» (1 Cor11, 23). Debemos ir a misa humildemente, como pecadores, y el Señor nos reconcilia” (Papa Francisco, Audiencia general 12 de febrero 2014).

En la realidad es necesario recuperar esa vivencia de la Gracia en la Eucaristía, pues para la mayoría de los fieles la participación en dichas celebraciones se ha convertido en algo rutinario por lo que la experiencia del encuentro con Cristo, la acogida de la Gracia no se manifiesta en la participación de la misma.

Muchas veces nos pasa como a los discípulos de Emaús, que no reconocemos al maestro quizá porque nos dejamos envolver por la desesperanza y la rutina. Necesitamos encontrarnos con el misterio de Cristo en la fracción del pan y ponernos encamino, dejando que Cristo nos ilumine con su Gracia, dejando que Él nos enseñe y aclare las escrituras, disponiéndonos para que la Gracia en la celebración de la misa se haga vida en nuestras acciones cotidianas y que Jesucristo se quede con nosotros al recibirle sacramentalmente (Lc 24, 13-25).

La Eucaristía es una experiencia de encuentro con Jesucristo, esto consiste en abandonarse ciegamente por completo en manos de Dios, significa dejarse conducir por Él y nos invita a reconocer a Jesucristo como único Salvador y llegue a arder nuestros corazones como los discípulos de Emaús “No sentíamos arder nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las escrituras” (Lc 24, 32).

Para entender bien esta dependencia, esta disponibilidad ante la acción de la Gracia, es conveniente no llamarla “pasividad”. La expresión adecuada es receptividad, porque en la celebración de la misa, por ejemplo, no estamos pasivos, sino que nos disponemos para dejar actuar el sacramento de la Eucaristía ofreciéndonos a Dios con toda nuestra libertad, y participando activamente. Al mismo tiempo la eucaristía no solo es la fuente de la vida, sino también “la cima de toda la vida cristiana” (LG, 11). Los creyentes presentan a Dios, junto con el pan y el vino, toda su existencia concreta (Fernández, p. 39).

4. La Gracia en el Sacramento de la Reconciliación

La Iglesia tiene la potestad de perdonar los pecados en la persona de Jesucristo, y ser misericordioso con el pecador. A este sacramento también se le llama “sacramento de la conversión o de la reconciliación” (CEC, 1485-1486).

El pecado es el peor mal para la persona misma y para la Iglesia, ya que el pecado repercute en la sociedad, pero ante la “fe”, la Iglesia se abre al sacramento de la reconciliación, esa es su tarea perdonar y que al recibir la absolución el pecador salga del confesionario perdonado consigo mismo y busca la reconciliación con los demás. Ante el pecado la Gracia pierde su fuerza se debilita, pero ante el sacramento de la reconciliación recupera su fuerza, ante su efecto el pecador arrepentido vuelve a los brazos del Padre Dios y comienza una vida nueva en Cristo. La vida nueva se inicia desde la conversión que es Gracia, que se da cuando quiere esa Gracia es estar siempre en camino de vuelta a casa. “La conversión por lo tanto mira al pasado y al futuro; se nutre de la esperanza en la misericordia divina” (CEC, 1488-1490).

La conversión conlleva dejarse perdonar y abrazarse como pecador, viendo el daño que genera el pecado, sintiendo dolor y vergüenza, luego al hacer un cambio o buscar como reparar el daño que se ha cometido, se ve en la necesidad de confesarse con humildad y volver a empezar. Es sentirse arrepentido con un corazón contrito motivado e inspirado por la fe, hay un reencuentro con Dios como pecador llevándole al compromiso, esa es la llamada de todo discipulado: ser un auténtico misionero que viva desde la gracia de los sacramentos en medio de los desafíos que el mundo presenta, viviendo los sacramentos en comunidad, como pueblo, como familia, parroquias, comunidades consagradas y otros movimientos (LG, n. 11; Aparecida, n. 278).

La Iglesia se alegra y celebra la vuelta a casa a aquellos que se han ido y vuelven al Padre, en este caso sería celebrar la continuidad de la obra redentora. Lucas nos presenta la figura del buen pastor refiriéndose a las cien ovejas donde una de ellas sale del rebaño, a recorrer otros caminos, el pastor deja las noventa y nueve y sale a buscar la perdida, al encontrarla la toma en sus hombros y la hace volver a casa, cuánta alegría manifiesta Dios en sus entrañas pues no quiere que nadie se pierda (Fernández, p. 40). “Jesús es el buen pastor que, al recuperar la oveja perdida la pone sobre sus hombros lleno de alegría” (Lc 15,5), y hay fiesta en el cielo” (Lc 15,7).

El Papa Francisco en la audiencia del 19 de febrero del 2014, se centra en el sacramento de la reconciliación desde la parábola del hijo prodigo, que se gasta la herencia que el padre le dio y al verse sin nada reconoce que debe volver; siente vergüenza. Según el Papa Francisco sentir vergüenza en el corazón es muy bueno, el hijo prodigo descubre su error y se siente

arrepentido. El Papa nos invita a acercarnos al confesionario y exhorta a los sacerdotes para que muestren la misericordia de Dios y traten con bondad al que se acerque a confesar, para que salgan de la confesión renovados y con deseos de volver a empezar, ya que Jesús está ahí en la persona del sacerdote. El Papa Francisco concluye esta catequesis con la siguiente frase “Jesús es más bueno que los sacerdotes, Jesús te recibe con mucho amor sé valiente y ve a la confesión”.

5. La Gracia en el Sacramento de la Unción de los Enfermos

El efecto de esta Gracia en el sacramento de la Unción de los Enfermos es la de curar, la enfermedad o curar el espíritu, su efecto trasciende. En el A.T se veía la enfermedad de cara a Dios, refiriéndose al pecado, a la vez era signo de conversión, ya que Dios con su Gracia sana y perdona (Sal 38,5; 39, 9, 12). La enfermedad se daba por la razón de ser pecador.

El profeta Isaías da a conocer al pueblo de Israel que Dios hará nueva las cosas, dando esperanza al pueblo, que en los próximos días vendrá uno que trae la Gracia de perdonar y de sanar todo tipo de enfermedades (Is 33, 24). El anuncio del profeta Isaías se actualiza en la persona de Jesús en el N. T. Él tiene la Gracia y el poder del Espíritu Santo y viene a sanar toda enfermedad y dolencias (Mt 4, 24) “Dios ha visitado a su pueblo” (Lc 7, 16). Con la venida de Jesús cambia el panorama de A.T sobre la enfermedad, ya que Jesucristo, en su proyecto de vida es enviado para sanar, perdonar. Vemos la Gracia de la compasión de Dios hacia la humanidad, Cristo es el médico de médicos, que vino y está presente en los enfermos y pecadores (Mc 2, 17).

La Iglesia y todo aquel que lleva una vida desde la Gracia de los sacramentos de iniciación Cristiana, tiene el compromiso de sentir con el enfermo y mostrar compasión por él, desde el actuar e irle a visitar y acompañar “estuve enfermo y me visitaste” (Mt 25, 36). La Iglesia entera encomienda al Señor paciente y glorificado, a los que sufren, con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, para que los alivien y los salve” (Santiago 5, 14-16; CEC, 1500- 1503).

La Gracia del sacramento de la Unción de los Enfermos se hace presente en la persona de Cristo mismo, Él sigue actuando tomando como instrumento a sus ministros en esta pastoral, para ir al enfermo y con nuestra acogida puedan ser sanados. Cristo instituye el sacramento de la

unción como sacramento de sanación, tiene la Gracia de consolar y confortar mediante el don del Espíritu Santo, a la vez tiene la Gracia de sanar toda aquella angustia o miedo hacia la muerte. La enfermedad es la vía y acceso para unirnos a la pasión de Cristo (LG, 11).

El Papa Francisco cambia el panorama de la “extrema unción” desde la salud espiritual ante el misterio de la misericordia infinita de Dios, es la mano de Dios que se hace presente en la enfermedad y del sufrimiento encaminado hacia la “misericordia de Dios”. El Papa da a conocer la unción de los enfermos teniendo como referencia la parábola del “Buen Samaritano” (Lc 10, 30-35), desde la figura del buen samaritano nos llama a actuar desde su ejemplo y que el samaritano somos todos, que incorporados por Cristo en la Gracia sacramental estamos llamados a sentir con los demás, ser la mano de Dios que cure al enfermo, ser en Cristo el aceite sanador, y la Iglesia ser la acción salvífica, canal sanador para con toda la humanidad enferma. Cristo confía esta tarea a su Iglesia derramando sobre el enfermo su “misericordia y la salvación”.

El Papa invita a participar de este sacramento es por ello urgente que la pastoral para enfermos los alienten, dándoles esperanzas y sosteniéndoles con la oración y el calor fraterno.

6. La Gracia en el Sacramento del Orden Sacerdotal

En los numerales anteriores se comenta sobre la Gracia de los sacramentos de iniciación cristiana Bautismo, Comunión, Eucaristía, luego se mencionan los sacramentos de curación: Reconciliación y penitencia, Unción de los Enfermos, para poder llegar a los sacramentos del servicio que son: El orden Sacerdotal y el Matrimonio. A través de ellos todos los cristianos podemos llegar hacer de nuestra vida una ofrenda de servicio, un don de amor, una vida que se ofrece teniendo como ejemplo a Cristo, que toda su vida fue ofrecimiento, adhesión hacia la humanidad. La Gracia conferida a través de estos sacramentos nos lleva a edificar a la Iglesia y ser los miembros del cuerpo místico de Cristo.

La Gracia del sacramento del Orden Sacerdotal es conferida por el Espíritu Santo, con el fin específico de tomar como instrumento al hombre que recibe la gracia del sacramento, desde la caridad de Cristo y le llama a servir a la Iglesia santificándose a sí mismo y luego ayudar a santificar a los demás, al pueblo de Dios. La persona del sacerdote hace las veces de la persona de Jesús, el cual representa a Cristo desde el tríptico de ser “Sacerdote, Profeta y Rey (LG, 26).

El sacramento del Orden también imprime carácter, una vez recibido el sacramento recibe la gracia y don de ser sacerdote para siempre con la autoridad de ejercer el ministerio apostólico en la Iglesia, para el servicio pastoral de todos los fieles (CEC, 1581-1582; cf. Aparecida, n. 176).

El sacerdote continúa el “culto Eucarístico” y debe estar en comunión con Cristo, que es la cabeza de la Iglesia, a la vez debe representarlo y proclamar su ministerio, ante esta Gracia el sacerdote debe gozar de íntima unión con Cristo y gozar de salud espiritual acompañado de pureza en su modo de actuar (LG, 28). Los “Santos Doctores” llaman a los sacerdotes a una urgente conversión, ya que una vez identificados con Cristo deben purificarse e iluminar a los demás en ponerse siempre en camino de conversión desde su ejemplo de vida siendo acogedores, cercanos, compasivos, teniendo la gracia de aconsejar y acompañar al pueblo y que el pueblo se sienta acompañado; fortaleciendo sus debilidades. Así mismo el sacerdote desde la Gracia del sacramento está llamado a vivir el celibato amando a su Iglesia y generando vida en su entorno, Cristo le da la tarea de anunciar y denunciar (LG, n. 10), continúa la tarea de la redención en esta tierra desde la figura de Jesucristo (CEC, 1585-1589).

La misión del sacerdote está en el mundo, dentro y fuera de la Iglesia, su vida está orientada desde la fe y la vida de todo fiel también se centra en la fe, desde ahí ayudar a los demás a crecer en la fe, esperanza y caridad. El laico se incorpora desde Cristo a trabajar con todas sus fuerzas por el evangelio y vivir desde la liturgia orientada desde los sacramentos, siendo sujeto activo dentro de la Iglesia y ejerciendo cualquier apostolado desde su carisma, pues los laicos son imprescindibles dentro de las diferentes actividades de la Iglesia. La Iglesia los necesita y los sacerdotes tienen la obligación de acompañarles, formarles. Ellos son guías y los laicos son los corresponsables de su formación para llevar a cabo la tarea evangelizadora de la Iglesia (Aparecida, n. 210-212).

El Papa Francisco desde la catequesis sobre el sacramento del orden sacerdotal dirigido el miércoles 14 de marzo del 2014, en la plaza de San Pedro. Define por Orden Sacerdotal: “a aquellos que han sido habilitados en el sacramento otorgándoles la Gracia de ejercer el ministerio desde la tarea que el Señor les ha confiado en la persona de Jesús: “apacentar su rebaño”, con el poder de su Espíritu y según su corazón”.

El Papa invita a los Sacerdotes, Obispos y diáconos a no descuidar la Gracia recibida y hacer instrumentos de amor, bondad y compasión hacia los fieles, dando buen testimonio y

respondiendo a la Gracia de este sacramento, la cual debe ser alimentada con la oración, la escucha de la palabra, la confesión y la celebración continua del sacramento de la Eucaristía. Llama a reavivar el don recibido.

Al concluir la catequesis el Papa Francisco invita a orar por ellos, haciendo el llamado a los jóvenes para que se enamoren por la causa de Cristo y se arriesguen; ya que el trabajo es abundante y los trabajadores son pocos, les estimula a dejarse llevar por el llamado que Jesús sigue haciendo, pues es el que toma la iniciativa y les elige por pura Gracia, nada más que por amor.

7. La Gracia en el Sacramento del Matrimonio

La Gracia en este sacramento se lleva a cabo entre la pareja que se une en matrimonio, hombre y mujer. Es una unión para toda la vida; la Gracia de Cristo fortalece este sacramento, confiriendo a la familia que es la base de la sociedad, como pareja y una vez unido en matrimonio los esposos tendrán sus obligaciones y deberes. En el sacramento del matrimonio Dios les sella con su Gracia. Cristo es la figura del matrimonio, Él es el auténtico amor “un amor divino” (Gandium et Spes, n. 48).

El matrimonio una vez consumado no podrá disolverse, pero tiene en cuenta la libertad de la pareja y debe haber mutuo consentimiento, es una decisión sin presión alguna. (CEC, n. 1638-1640). “El amor esponsal que como Gracia de Dios germina y crece hasta la madurez haciendo efectiva en la vida cotidiana, la donación total que mutuamente se hicieron al casarse” (Aparecida, n. 175).

La vida conyugal de todo cristiano es el carisma de la vida en pareja a la que Dios ha llamado siendo “pueblo de Dios”, a través de esta Gracia la pareja se santifica uno con otro, venciendo todas las crisis hasta alcanzar su madurez y llegar al perfecto amor, para luego acoger y educar a sus hijos (LG, 11). Jesucristo es la fuente de esta Gracia, que entre los conyugues anticipa “el banquete de las bodas del cordero”.

Según (Gandium et Spes, n. 47) el matrimonio y la familia sufre muchas tensiones y crisis. Hoy en día las parejas están viviendo la cultura del descarte y atraviesan muchas oscuridades como la indiferencia, el individualismo. Cada uno por su lado va apagando el amor

recibido por Gracia, perdiendo el verdadero significado del matrimonio. Lo viven sin sentido y sin responsabilidad y muchas veces esa falta de conciencia va incrementando la mala formación de los hijos que repercute en la sociedad. Para ello la institución del matrimonio es la continuidad del género humano y es el bien de los hijos, esto “exige la unidad indisoluble” (GS, 48).

La vida entre los esposos requiere el cultivar el amor y los valores evangélicos ya que con su ejemplo podrán educar a los hijos en las diferentes etapas de la vida, para que lleguen al matrimonio desde la gracia sacramental. A la vez llaman a los conyugues el de ser constantes en la oración para no dejarse vencer ante las crisis actuales y así ser en Dios los generadores de vida, superando todo lo que cualquier época les presente como obstáculo (GS, 50). En el matrimonio se fundamenta la Iglesia doméstica que crece a través del amor y de la fe viviendo desde la “caridad cristiana” (CEC, 1666).

El documento de (Aparecida, 432-436). Muestra preocupación por la vida conyugal ante las crisis que acontecen a las familias, el cual llama a hacer esos discípulos y misioneros en salida, para que ayudemos y acompañemos a los recién casados encaminándoles a la fe para que puedan madurar en el amor filial y mantenerse firmes ante las amenazas. A la vez invita a no olvidar que el sacramento del matrimonio es signo del amor misericordioso de Dios para la humanidad, por eso requiere un mayor compromiso por la evangelización familiar, una catequesis continua; no solo una charla antes del sacramento del matrimonio, sino una formación permanente, para que ellos mismos puedan ayudar a las demás parejas en la vida matrimonial.

Ellos son llamados a defender la vida e ir en contra del aborto y a la vez contra el abuso de la mujer. Muchas veces la mujer tiene que vivir con su esposo por sometimiento soportando muchos maltratos y atropellos. El sacramento del matrimonio, crece desde la participación eucarística sobre todo el vivir desde la responsabilidad desde el uno para el otro en mutua entrega y desde ahí dirigir y orientar a sus hijos y demás familias.

Según la catequesis del Papa Francisco el sacramento del Matrimonio se centra en la Gracia desde el don del amor, ya que la vida conyugal es el reflejo de Dios manifestado en la unidad de la Santísima Trinidad. El amor entre los esposos es la alianza de Dios mismo, propósito de unión “Al inicio del libro del Génesis, el primer libro de la Biblia, como coronación del relato de la creación se dice: «Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó,

varón y mujer los creó... Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne»” (Gn 1, 27; 2, 24).

El Papa Francisco en esta catequesis rescata la naturalidad de ser pareja desde la vocación recibida mediante el sacramento. Hombre y mujer llamados a la unidad, a la reciprocidad, desde una entrega mutua a ejemplo de la Trinidad.

La vida de los esposos manifiesta la Iglesia que es esposa de Cristo, cuya fidelidad entre la pareja concretiza la fidelidad de Cristo por su Iglesia. La Iglesia ha estado firme teniendo como cabeza a Cristo mismo, así mismo los conyugues tienen que tener como centro de su vida matrimonial a Cristo, solo así podrán dar el sentido del sacramento que han recibido. “La Iglesia es la esposa de Cristo, esta es la relación. Esto significa que el matrimonio responde a una vocación específica y debe considerarse como una consagración” (Gaudium et spes, 48; Familiaris Consortio, 56).

El Papa finaliza diciendo: que son naturales los problemas entre las familias e invita a dar soluciones inmediatas, saltando las dificultades que se les presenten, perseverando juntos y orando. La existencia familiar es algo bello y el invita a los, esposos a cuidarla, protegerla, defendiendo la vida de los hijos. Y con esta catequesis el Papa concluye agradeciendo a Dios por los esposos y la familia, sobre todo a aquellos matrimonios que edifican y ayudan a las demás parejas con su testimonio y perduran hasta que la muerte les separe (Papa Francisco audiencia sobre el Matrimonio 2 de abril de 2014).

CONCLUSIONES

Se concluye que la Gracia de Dios siempre ha estado y permanecerá para siempre y desde siempre, es iniciativa de Dios, su Espíritu la irradia en la creación. Él siempre da el paso primero para actuar en nuestra vida. Su Gracia es don gratuito, la ofrece libremente a la humanidad, a través de nuestra historia, como historia de salvación. Su amor se renueva, desde la alianza que estableció con el pueblo Israel, somos el pueblo elegido. Esta alianza se renueva en la persona de Jesucristo para que desde Él seamos felices y vivamos en plenitud.

Esta Gracia no responde al mero impulso humano del deseo de felicidad, sino de Dios, es don que conlleva una relación con el ser humano, es vivir en fraternidad una vida fecunda y está vinculada al perdón de nuestros pecados y a la misma salvación mediante la justificación, “pues lo que importa es la fe que actúa por medio del amor” (Gál 5, 6).

En el momento que actúa la gracia y se reconoce que no se necesita nada para recibirla, desde ese momento se está en estado de Gracia; porque ya no somos nosotros, con nuestro egoísmo quienes dirigen la vida, sino la Gracia del amor de Dios toma control de nuestra existencia.

La misericordia de Dios toma rumbo de nuestra libertad dándonos la apertura de actuar según su voluntad; como dice San Pablo “ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). Es reconocer que hemos recibido la Gracia desde nuestra naturaleza que es don y tarea, que nosotros somos sus instrumentos; solo debemos tener la fe y la confianza en Él mediante su filiación divina.

Que esta Gracia como revelación de amor brinde un mayor sentido en nuestras vidas, confortándonos y haciéndonos fuertes en nuestras debilidades (2 Cor 12, 9-10), reconstruyendo los lazos que se pudieron haber perdido con Dios y los hermanos, descubriendo así que somos agradados por Dios que no excluye a nadie es para todos (Gál 2, 6; Rom 2, 11).

En la parábola de la viña (Mt 20, 1-16) Jesús enseña que a unos se les llamo a trabajar en las primeras horas del día y luego a otros en las últimas horas de la tarde al verles ociosos, y a la hora de pagarles la paga fue igual para todos, esto significa que la gracia opera en la persona en determinado momento a unos antes y en otros después, pero su efecto es el mismo: salvar,

porque Dios en su infinita bondad no quiere que ninguno se pierda, sino salvar a toda la humanidad (1Tim 2,4; González Faus, J, 1987 p. 453).

Dios Padre - Madre no nos da su Gracia porque seamos buenos o malos, la otorga cuando quiere y como quiere, llevándonos a una conversión plena, haciendo vida la gracia recibida desde los sacramentos dentro y fuera de la Iglesia: la Gracia nos compromete como verdaderos cristianos.

Esta Gracia consiste en que cada cristiano es sujeto activo y puede generar vida en su entorno; nos unifica y nos descentra a la vez de nosotros mismos, para ver a los demás como sacramento, lo cual nos lleva a ser más fraternos y más humanos. La Gracia de Dios nos lleva a la entrega, a descalzarnos e ir al hermano que sufre y está pasando penurias, es sentir con el que sufre, llorar con el que llora (Lc 6, 21), es dejarse transformar y humanizarse con el dolor de los demás, es ayudar a que los pobres salgan de su postración y miseria.

Gracia, es quien entiende la vida y la propia salvación como don, y esto es en lo que la medida máxima acontece, quien se sabe agraciado por Dios. Puede a su vez entregarse enteramente al otro, en el amor y quien ama verdaderamente, ama a Dios, porque quiere amar al amor donde todas las personas “seremos todo en el Todo” (1Cor 15, 28).

En definitiva, la Gracia es lo que es en todo momento de nuestro caminar, en las alegrías, en las tristezas, penas, triunfos e indiferencias; la Gracia es todo lo conquistado y lo que está por conquistar, el cual nos llena de gozo y nos acercamos a Cristo buscando la justicia y la verdad.

En todo este contexto de la Gracia recibida de Dios para con la humanidad, se buscaron las formas o explicaciones más sencillas para fundamentar con claridad “La Gracia como don gratuito de Dios desde los sacramentos”. Sobre todo en el crecimiento de una comunidad que madura constantemente haciendo presente a Cristo con su modo de ser y estar presente en la historia de los hombres.

SIGLAS

- AG: Ad Gentes, Decreto sobre la acción misionera de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, del 7 Diciembre 1965.
- CEC: Catecismo de la Iglesia Católica, 11 octubre 1992
- DV: Dei Verbum, Constitución dogmática sobre la divina revelación, del Concilio Vaticano II, del 18 noviembre 1965.
- DZ: Denzinger. Enchiridion Symbolorum o DENZINGER - Se trata del MAGISTERIO DE LA IGLESIA, realizada por Heinrich DENZINGER y Peter HÜNERMANN. Ed. Herder. Barcelona (1999). 1.630 págs., en su última edición.
- EG: Evangelii Gaudium, Exhortación Apostólica del Papa Francisco, 23 de noviembre de 2013.
- GS: Gaudium et Spes, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, del Concilio Vaticano II, 7 diciembre 1965.
- LG: Lumen Gentium, Constitución dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, 21 noviembre 1964.
- SC: Sacrosanctum Concilium(SC), Constitución sobre la Sagrada Liturgia, del Concilio Vaticano II, del 4 diciembre 1963.

BIBLIOGRAFÍA

Sagrada Escritura

Cuando cito los textos bíblicos, si no se coloca otra indicación están tomados de:

1. ALONSO SCHOKEL, L. (editor) (2008) LA BIBLIA DE NUESTRO PUEBLO. Ediciones Mensajero.

Magisterio de la Iglesia

2. Ad Gentes (AG), Decreto sobre la acción misionera de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, del 7 diciembre 1965, n. 5, 7, 26, 48
3. Apostolicam Actuositatem, (AA) Decreto del Concilio Vaticano II sobre el Apostolado de los Seglares (18 de noviembre de 1965), n.23
4. Catecismo de la Iglesia Católica, (CEC) Editado por el Papa Juan Pablo II. (Primera edición de 1992). La segunda edición fue publicada por la Librería Editrice Vaticana en febrero de 2001 en su segunda edición, y añade al título: Segunda Edición revisado según la edición oficial en latín promulgado por el Papa Juan Pablo II.
5. Catecismo de la Iglesia Católica: Compendio, (2005). Existen varias ediciones promovidas por las distintas Conferencias Episcopales en los respectivos países. Se publicó con el Motu Proprio del Papa Benedicto XVI, el 28 de junio de 2005.
6. Dei Verbum, (DV) Constitución dogmática sobre la Divina Revelación, del Concilio Vaticano II, del 18 noviembre 1965, n.7.
7. Deus Caritas Est, Carta Encíclica del Sumo Pontífice Benedicto XVI, 25 de diciembre 2005, n. 16, 39
8. Documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II, (2000), Documentos completos. Ed. San Pablo, Bogotá.
9. Ecclesia de Eucharistía (EE), (2003) Carta Encíclica del Papa Juan Pablo II, sobre la Eucaristía y su relación con la Iglesia. (17 de abril de 2003, jueves Santo. Roma.
10. Evangelii Gaudium (EG), (2013) Exhortación apostólica del Papa Francisco. La alegría del Evangelio. Roma 24 de noviembre de 2013. Existen varias ediciones.
11. Familiaris Consortio (FC), Exhortación Apostólica del Papa Juan Pablo II, Sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual. Del 22 de noviembre de 1981, n. 56.

12. Gaudium et Spes (GS), Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, del Concilio Vaticano II, 7 diciembre 1965.11, 24, 47, 48.
13. Lumen Gentium (LG), Constitución dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, 21 noviembre 1964. 1, 3, 7, 10, 11, 12, 20, 26, 28, 33, 36.
14. Puebla, III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 31 de marzo 1979.
15. Sacrosanctum Concilium (SC), Constitución sobre la Sagrada Liturgia, del Concilio Vaticano II, del 4 diciembre 1963, n. 5, 7, 26, 48, 47

Bibliografía General

16. ALFARO, Juan, (1973) CRISTOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA. Temas teológicos actuales. Madrid. Ed. Cristiandad.
17. ALONSO SCHOKEL, L., (2008) “La Biblia de Nuestro Pueblo”. Ediciones Mensajero.
18. BAZARRA, Carlos, OFM Cap., (2005) AYER, HOY Y SIEMPRE. Caracas. La gracia y la gloria. Paulinas Ed.
19. BEINERT, Wolfgang (editor), (1990) DICCIONARIO DE TEOLOGÍA DOGMÁTICA. Barcelona, Ed. Herder.
20. BOFF, L., (1978) GRACIA Y LIBERACIÓN DEL HOMBRE: Experiencia y doctrina de la gracia. Madrid. Cristiandad.
21. BONHOEFFER, Dietrich, (1968) EL PRECIO DE LA GRACIA. Salamanca. Ediciones Sígueme.
22. CAPDEVILA i MONTANER, Vicenç-M^a, (1994) LIBERACIÓN Y DIVINIZACIÓN DEL HOMBRE. Teología de la Gracia. Vol. II: Estudio sistemático. Salamanca. Ed. Secretariado Trinitario.
23. COMBLIN, J., (1985) ANTROPOLOGÍA CRISTIANA. Argentina. Ediciones Paulinas.
24. FERNÁNDEZ, V., (2003) LA GRACIA Y LA VIDA ETERNA. Barcelona. Herder Editorial.
25. GARRIDO, Javier, (1996) PROCESO HUMANO Y GRACIA DE DIOS. Apuntes de espiritualidad cristiana. Santander. Ed. Sal Terrae.
26. GONZÁLEZ FAUS, J. I., (1987) PROYECTO HERMANO, VISIÓN CREYENTE DEL HOMBRE. Editorial Sal Terrae.
27. GRÜN, A – RUPPERT, Fidelis, (2002) CRISTO EN EL HERMANO. Ed. Verbo Divino.

28. GUTIÉRREZ, G., (1979) LA FUERZA HISTÓRICA DE LOS POBRES. Selección de trabajos. Ed. CEP, Lima.
29. LADARIA, L. F., (2001) TEOLOGÍA DEL PECADO ORIGINAL Y DE LA GRACIA: Antropología Teológica Especial. Madrid. Ed. BAC.
30. LORDA, J. L., (2004) LA GRACIA DE DIOS. Madrid. Editorial Palabra (2ª ed).
31. MARDONES, José Mª, (2007) MATAR A NUESTROS DIOSES. Un Dios para un creyente adulto. Madrid. Ed. PPC.
32. MENKE, Karl-Heinz, (2006) TEOLOGÍA DE LA GRACIA: EL CRITERIO DEL SER CRISTIANO. Salamanca. Ed. Sígueme.
33. PAGOLA, José Antonio, (2011) EL CAMINO ABIERTO POR JESÚS. Vol. 2: MARCOS. Bilbao. Ed. Desclée De Brouwer.
34. RAHNER, Karl, (2008) LA GRACIA COMO LIBERTAD. Barcelona. Ed. Herder.
35. SEGUNDO, J. I., (1983) GRACIA Y CONDICIÓN HUMANA. Teología Abierta para el laico adulto, vol. 2. Madrid. Ediciones Cristiandad.